

¿Y si te robo un beso?

Vanii Rodriguez



Capítulo 1

¿Quién demonios es ese chico?

—¿Estás lista?— le pregunté a mi amiga Margaret mientras me alisaba el vestido.

—Sí... ¡No! Espera un segundo— gritó mientras corría hacia el baño.

Estábamos arreglándonos para el cumpleaños de nuestra mejor amiga Narella. Había venido hacia su casa para prepararnos juntas. Ambas nos habíamos encerrado en su habitación hace horas. Lo que amaba de su habitación era su enorme espejo. Toda una pared era un espejo. Margaret bailaba y practicaba en su habitación. Era increíble tener algo así en tu propio cuarto. Su cama estaba más allá y sus cosas por ahí. Lo que más le importaba a ella era tener espacio libre para bailar.

—Bueno, ahora sí— dijo Margaret y yo me di la vuelta para mirarla saliendo de mis pensamientos— ¿Cómo estoy?

La miro de arriba a abajo mirando desde su pelo lacio color caramelo pasando a sus colgantes y por su vestido rojo apretado, hasta sus tacos altos.

—Sexy—contesto al fin. Me sonrío.

—Bien. ¿Tú ya estás?

Me miro en el espejo. Solo tengo que girar la cabeza ya que ocupa todo un lateral de la habitación. Hago lo mismo que hice con ella. Empiezo mirando mi pelo planchado y mi flequillo hacia al costado, mi maquillaje, mis ojos y mis gafas. Paso por mi vestido negro con volado rosa de tela de gasa y termino en mis zapatos de tacón negro. Asiento.

Margaret me hace lo mismo. Es una cosa que hacemos nosotras para tratar de estar perfectas.

—¿Qué me dices?— le pregunto.

—Pues, Lia, para mí estás ardiente—responde sonriendo y dándome una mirada picarona. Era una loca. Ella y yo nos conocíamos hace unos cuantos años y ambas íbamos a la escuela juntas— ¿Tú qué piensas?

—Bien— me miro de nuevo— Me gusta.— Sonrío.

—Perfecto, entonces vámonos.

Luego de eso nos subimos a un taxi y partimos a la fiesta.

La casa quinta de los tíos de Nare no quedaba muy lejos así que llegamos bastante rápido. La fiesta se celebraría en el patio, al aire libre.

El lugar era bastante espacioso, tenía decoraciones con globos, cintas, guirnaldas, entre otras cosas, de colores rosa y blanco. El césped estaba bien cortado y se me hacía fácil de caminar con los tacones. La música sonaba fuerte. Ya había gente en el lugar, bailando y tomando bebidas de las mesas que habían ubicadas.

Encontramos a Nare al fondo del patio.

—¡Feliz Cumpleaños!— grité abrazándola.

—Gracias, ¿tomamos algo? Me muero de sed, no paro de ir de acá para allá. — Nare llevaba puesto un simple vestido plateado sin tirantes que le llegaba por arriba de la rodilla. Estaba bellísima esta noche con ese vestido, le resaltaban sus curvas— Dios, si tan solo no hubiera desaprobado matemáticas mi papá me hubiera pagado mozos— se quejó. Su familia era bastante adinerada por lo que podía tener lo que ella quisiera, pero el caso no era así. Darío, su padre, no permitía que ella fuera una niña malcriada, entonces si Nare quería algo tendría que ganárselo y con pucheros, no iba a ningún lado.

—¿Me ayudan con la comida?— preguntó.

Margaret y yo asentimos y la seguimos a la cocina de la quinta.

—¿Qué tenemos que hacer?— preguntó Mar.

—Solo agarren esas bandejas y colóquenlas en las mesas de afuera, mil gracias chicas.

—¡De nadaa!— gritamos mientras salíamos con las bandejas en nuestras manos.

Nos pasamos más de quince minutos llevando todas las bandejas a la mesa antes de poder disfrutar de la fiesta.

Poco tiempo después todo el lugar estaba repleto de gente. Perdí de vista a Margaret. Era imposible caminar sin chocarse con alguien. Había visto a mis amigos de la escuela por allí, pero un segundo que parpadeé y ya los había perdido de vista.

—¡Lia!— llamó Nare. Me di vuelta buscándola y la encontré en la multitud tratando de llegar a mí. Recorrí el camino faltante.

—¿Me ayudas con las bandejas vacías?!— gritó por arriba de la música.

Me empujó de la multitud hacia las mesas y empezó a entregarme bandejas. Una vez que tuve más de cinco bandejas en mis manos me dio la vuelta y me empujó hacia la cocina.

—Ahora lleva eso. Gracias.

—De nada, pero no me empujes— dije mirándola molesta. Podía ayudarla pero tenía que ser de buena manera.

—Lo siento, es que, quiero que todo salga bien y... Gracias— me respondió entendiendo mi mirada.

Seguí caminando hacia la cocina cuando alguien me chocó bailando y casi se me caen todas las bandejas con restos de comida sobre mí. Me enderecé despacio acomodando las bandejas. Suspiré y cerré los ojos un momento mientras caminaba cuando me choqué con alguien. Abrí los ojos rápidamente para encontrarme con unos ojos verdes que lo acompañaban con un ceño fruncido hacia mí.

—¿Se puede saber por qué caminas sin mirar?— gritó enfurecido una voz masculina.

—Yo... lo siento. ¿Estás bien?— le pregunté al chico con quien me había chocado. Lo examiné para ver si se había hecho daño y... dios. Este chico sí que se la pasaba horas en el gimnasio. Sus músculos resaltaban bajo esa camisa de manga corta y sus bíceps... Mamma mía.

—Sí, estoy bien. Pero casi me manchas la camisa de comida por un descuido tonto.— respondió fulminándome con la mirada. Dios, esa fulminante mirada verde me hacía sentir inferior— ¿Tan ciega eres?— lo miré con incredulidad.— ¿Qué? ¿Esas gafas no te bastan? Revísalas.

Dicho eso, me empujó para poder pasar y se marchó. ¿Qué diablos? ¿Quién demonios era ese chico? ¿Y qué demonios le pasaba? ¿Por qué la necesidad de insultarme?

—¿Lia? ¿Qué haces aquí parada?— me preguntó la voz de Nare.

Mierda. Me había quedado parada en donde ese extraño chico me había corrido. Y había estado pensando en él. ¿Por qué pensaba en él? Perdí mi tiempo pensando en un estúpido. Deseaba no volver a cruzármelo.

—¿Lia? —repitió Nare agitando una mano sobre mi cara.— ¿Te vas a quedar allí parada?

—¿Qué...? No, no, solo me había quedado pensando... No importa.

Seguí con mi camino y dejé las bandejas.

La fiesta siguió con su curso normal, chicos y chicas de mi edad bailando por todos lados. Me encontré con mis amigos del colegio y a Margaret. Nos movimos hasta más no poder, terminamos agotadas y sedientas.

—¿Puedes esperarme un momento? Demasiado líquido, necesito ir al baño— le dije en el oído a Nare para no tener que gritar por encima de la música. Era innecesario que todo el mundo se enterara de ello.

Nare asintió y me escabullí entre la gente dirigiéndome al baño.

Como era una casa quinta, no teníamos baño público como los salones de fiesta, así que rezaba por no tener que encontrarme con una pareja haciendo sus cosas en el baño. El baño quedaba en las habitaciones de arriba, al final del pasillo.

Pocos metros antes de llegar escuché gemidos. Oh. Dios. Por favor, no. Una y otra vez me repetía en la cabeza que los gemidos salgan de la habitación de al lado. Poco a poco me fui acercando a esa habitación y apoyé la oreja en la puerta. Silencio.

Me separé y seguí caminando. Escuché los gemidos de vuelta junto con un gruñido varonil. Dios, que asco. A mis diecisiete años, aún siendo virgen, no entendía que le veían al sexo. En serio. Era todo sudoroso y pegajoso. Pero había personas que lo necesitaban como respirar. Igual, eso no quiere decir que no me atraigan los hombres, y que no disfrutara de sus músculos varoniles. De todas maneras, todavía no había conocido a ese chico que me hiciera querer hacer esa cosa que hacían aquellos dos en el baño; ni quería conocerlo.

Al acercarme mucho más, definitivamente deduje que los gemidos salían del baño. Mierda. Mi vejiga estaba a rebozar y por más asco que me produjera pensar lo que estaban haciendo minutos antes, necesitaba ese baño. No iba a hacer mis necesidades detrás de un árbol allá fuera.

Pegué mi oreja a la puerta y escuché. Sip. Definitivamente estaban teniendo sexo allí dentro. Se oían gemidos, gruñidos, y hasta un ¡Plap! que identifiqué como una palmada. Lamentaba tener que cortarles el rollo, pero hubieran elegido una habitación, no el único baño de la casa.

Toqué a la puerta. No le hicieron caso. Mierda, me iba a mear encima. Toqué otra vez. Tampoco. Poco tiempo después de mi tercera tocada,

escuché un muy grave gruñido varonil y movimiento. A los minutos se abrió la puerta y salió una chica a la que no reconocí arreglándose el vestido y detrás de ella el extraño chico de antes.

—Vaya— dijo él cruzando los brazos sobre su pecho y apoyándose en el marco de la puerta— Tú otra vez. ¿Acaso no escuchabas que estaba ocupado el baño? ¿Qué? ¿Aparte de no ver, no escuchas?

—No... no hay... — ¿Por qué balbuceaba?— No hay necesidad de insultarme— dije más firme.

—Oh, lamento si te hice sentir mal. Yo solo decía la verdad.

¿Pero qué...? ¿Cuál era su problema?

—¿Cuál es tu problema?— dije enfadada.

—Que me molesten cuando estoy ocupado. Ése es mi problema. — dijo severamente.

—Oh, sí, señor. Lo lamento mucho, pero yo necesito usar el baño—me mofé. Él no se movió— ¿Harías el favor de correrte?— grité sumamente molesta. Mi paciencia se estaba acabando.

—Oh, sí, claro. Espera un segundo, olvidé algo— dijo y volvió a entrar en el baño. A los segundo salió con una caja de condones en la mano— Todo tuyo.

Y con una arrogante sonrisa se fue. ¿Pero qué diablos? ¿Por qué salió con esa caja a la vista? Con un gruñido de frustración entré en el baño y cerré la puerta. Pasé más tiempo del necesario en el baño pensando. Este chico era frustrante. Y era lo que menos necesitaba. ¿Por qué me insultó así? Sus palabras de repetían una y otra vez en mi mente. Lágrimas picaron mis ojos. ¿Por qué quería llorar? ¿Por qué ese imbécil me hizo sentir mal? No. No iba a dejar que me afectara. No estuve en tratamiento psicológico para que algo como esta tontería pudiera lastimarme. Yo soy fuerte. Aprendí a serlo. Me sequé la lágrima que se me escapó y me dirigí a la puerta. Ahora tendría que cantar. Oh, mierda, que nervios. Hay más gente de la que esperaba. Con un suspiro, salí del baño. Tenía algo que hacer.

Capítulo 2

Ojos verdes.

—¿Qué canto?— pregunté a Nare una vez que la encontré luego de salir del baño. Margaret bailaba y yo cantaba. Ese era mi talento. De todas maneras no lo hacía muy a menudo y menos en público. Pero Nare me había rogado tanto que accedí.

—Todo el mundo ya está cansado, pero no creo que se resistan a algo lento.

—Bien— dije y dirigiéndome hacia Mar que estaba al lado mío— Elije tú.

—No lo sé... ¿Tiene que ser romántico?

—No, no creo que sea necesario. Lo romántico viene después.— respondió Nare.

—Está bien. ¿Te sabes Lies de Marina & The diamonds?— Asentí. Marina era una de mis cantantes favoritas y se me daba bien cantar sus canciones. Nunca llegaría a su tono de voz, pero tampoco la cantaba mal.

Me dirigí hacia el equipo de música y apreté stop. Todo el mundo empezó a abuchear, pero conecté el micrófono rápidamente y hablé.

—Está bien, está bien. Escúchenme. Todos estamos cansados y nuestra querida anfitriona Nare— la señalé— me pidió que cante algo. Gracias por escuchar.

Mar puso el cd con la pista de música, y me miró esperando mi señal. Asentí y le dió a play.

Los primeros acordes de Lies comenzaron a sonar y cuando llegó el momento canté.

You're never gonna love me, so what's the use?

What's the point in playing a game you're gonna lose?

What's the point in saying you love me like a friend?

What's the point in saying it's never gonna end?

You're too proud to say that you made a mistake,

you're a coward 'til the end.

I don't want to admit that we're not gonna fit

No, I'm not the type that you like.

So why don't we just pretend?

Tomé aire y canté con todas mis fuerzas.

Lies.

Don't wanna know, don't wanna know.

I can't let you go, can't let you go.

I just want it to be perfect.

To believe it's all been worth the fight.

Lies.

Don't wanna know, don't wanna know.

Seguí cantando la canción y al final me recibió una oleada de aplausos. Hice una reverencia mientras me aplaudían y cuando levanté la mirada me encontré con dos ojos verdes abrazadores. Me miraban fijamente. Supe inmediatamente de quién eran esos ojos. No conocía a nadie más con unos ojos tan verdes. Aquel chico. Era él.

Aparté la mirada y hablé al micrófono.

—Bueno, ahora esto es para los románticones— reí y le di play a la música.

La típica canción romántica de Aerosmith comenzó a sonar. Todos encontraron parejas y empezaron a bailar. I don't wanna miss a thing era un clásico.

Me estaba por dirigir al patio trasero de la quinta para quedarme sentada allí mirando el cielo, ya que yo no bailaba. Nunca bailaba lentos. Yo no tenía pareja y me incomodaba hacerlo con cualquiera. Creía que ese era un momento especial.

—¿A dónde vas?— dijo una voz grave en mi espalda mientras me tomaban por la cintura. Me di vuelta rápidamente tratando de separarme

de esas manos pero no pude. Así que quedé cara a cara con el dueño de esas manos. La rabia se despertó en mí al darme cuenta de quién era.

—Tú— fue lo único que pude decir.

—Sí, yo— dijo el chico con él cual ya me había cruzado dos veces y todo había salido desastroso.

—¿Puedes soltarme?— pregunté mientras seguía tironeando para poder salir de su agarre. Tenía mucha fuerza.

—No, no quiero soltarte—dijo él tranquilamente— ¿Apuesto a que no sabes mi nombre, no?

—No, ni me interesa— seguí tironeando. No quería poner las manos en su pecho y empujar, lo veía muy tentador y no quería quedarme a su lado.

—Deja de tironear por un minuto— dejé de hacerlo y lo miré a la cara, dios, era muy atractivo y sexy— Excelente. Obediente— sonrió arrogantemente.

Ahugué un grito.

—Tú maldito hijo de... — empecé a insultar mientras volvía a tironear de su agarre pero no pude terminar el insulto que él me puso una mano en la boca para callarme. Me quede quieta.

—Shhh, no hay necesidad de alterarse. Soy Zachariah, pero puedes decirme Zacha. ¿Sí quito la mano no me insultarás y solo me dirás tu nombre? — preguntó. Empecé a negar con la cabeza cuando nuestras miradas se encontraron. Esos ojos verdes que tanto me fascinaban me nublaron y asentí. Saco su mano.

—Lia.

—Bonito nombre— dijo con una hermosa sonrisa. Que dientes blancos. Que sonrisa sexy.

—¿Puedo pedirte una cosa más?— preguntó.

Solo asentí. Ya estaba hechizada.

—¿Bailas conmigo esta canción?

Asentí otra vez.

En ese entonces sonaba la canción Girl I Wait de Bruno Mars. Zachariah y yo comenzamos a movernos lentamente. Él tenía sus manos a mi cintura

y yo mis brazos en su cuello. Zachariah me apretó más contra él. Joder, olía muy bien. Su perfume de hombre era exquisito.

—Hueles muy bien— murmuré antes de que pudiera evitarlo.

—Mmmmm— él enterro su cara en mi cuello (se tuvo que agachar, pues, era muy alto)— tú también— dijo depositando un beso en mi cuello.

Todo mi cuerpo se estremeció. Zachariah se separó de mí y me miró a los ojos. Amaba esos ojos tan verdes suyos. Se inclinó para besarme, podía sentir su aliento a menta sobre mis labios(oh, sí quería besar esos labios tan seductores), cerré los ojos, pero a último momento sentí un beso en la mejilla.

—Fue un placer conocerte, Lia.

Y con esa despedida, se fue. Me quedé allí paralizada. Ya en ese entonces sonaba otra canción y no me había dado cuenta de cuan rápido pasó el tiempo.

No lo vi más en toda la noche. La fiesta terminó y junto con unos amigos nos quedamos en la quinta para ayudar a limpiar a Nare y luego nos iríamos.

Sobre las cinco de la mañana mandé un mensaje a mi mamá si podría venir a buscarme. Me envió como respuesta un "sí".

—Ya me voy, Nare.

—Oh, de acuerdo— dijo sonriendo— Gracias por ayudar.

—De nada. Ahora estoy muy cansada, pero mañana ¿podría hablar contigo?— Nare era mi mejor amiga. Necesitaba hablar con ella sobre ese Zachariah o... ¿Cómo me dijo que lo llamara...? Ah sí, Zacha.

—Si me levanto, por supuesto.

Sonó la bocina de un auto.

—Esa es mi mamá. ¡Nos vemos chicos!— grité a los que quedaban. Levantaron la mano en modo de saludo.

Entré en el auto de mi mamá sin decir ni una palabra. No estaba de humor para sus interrogaciones. Sólo quería llegar a mi cama, dormir y sacarme de la cabeza a dos ojos verdes que me hechizaban.

Capítulo 3

¿Su primo?

Cuando llegué a mi casa, lo único que hice fue murmurar un “adiós” a mi mamá e irme a mi habitación. No podía dormir. Tenía muchas cosas en la cabeza. Como por ejemplo... ¿Por qué demonios bailé con Zachariah? Si me lo pensara dos veces, no bailarías con alguien que había estado follándose a otra ratos antes. No entiendo por qué lo hice. Ni tampoco entiendo por qué quise besarlo. Apenas lo conocía. Dios, él es frustrante, odioso y definitivamente engreído. Obediente me dijo, OBEDIENTE.

Después de estar dando vueltas en la cama, odiando a Zachariah, al fin pude caer rendida en un muy pesado sueño.

Mamá me despertó al otro día entrando mi habitación y besándome fuertemente en la mejilla como había estado haciendo los últimos dos años. Todavía tenía miedo de lo ocurrido tres años atrás. Pero eso ya no iba a pasar. Ya me recuperé. De todas maneras no importaba lo que le diga, ella iba a seguir haciéndolo igual.

Me levanté y fui directa al baño. Eran las 3:00 pm. Y hoy iría a la casa de Nare, tenía que hablar con ella.

Después de una ducha de agua caliente, me puse un short de jean, y una simple remera negra sin estampado acompañada por mis únicas Converse negras. Mi familia no era de tener mucho dinero y las había pedido para Navidad. Mamá con ayuda de mi tía Elena pudieron comprármelas y regalármelas. Até mi pelo en una cola de caballo y despidiéndome de mi mamá me fui a la casa de Nare.

Ella no vivía muy lejos así que en pocos minutos de caminata llegué a su media-lujosa casa. Digo media lujosa porque su casa era normal, pero tenía sus lujos... Como el césped bien cortado y su tono bien verde, o... los muebles modernos de caoba, etc. Pero lo que tenía su casa... era que era muy grande.

Al llegar llamé al portero automático.

—¿Quién es?— preguntó la voz de una niña al otro lado.

—Soy Lia, Giuli, ¿está Nare en casa?— le contesté a Giuliana, la hermanita menor de Nare.

—Mmmm, no. En realidad, sí, pero ella se está bañando y sabes que

tarda.

—Lo sé, pero ¿puedo pasar igual?

—De acuerdo— respondió con un suspiro mientras me abría la puerta de la reja.

Pasé por el pequeño camino entre el césped hacia la puerta principal y golpeé. Me abrió Dario, el padre de Nare, con su típico gesto serio.

—Buenas tardes, Lia.

—Buenas tardes, señor— le respondí con un “señor” porque deduje, que por su tono, no estaba de muy buen humor. Dario era un hombre de unos cincuenta años, medio canoso y bigote. Su ceño siempre estaba fruncido, y muy pocas veces lo vi sonreír. Él en su época fue guardaespaldas, y desde hace años, maneja una empresa de seguridad muy conocida de donde venía todo su dinero.

—Lia, que bueno verte— saludó alegremente Silvina, la mamá de Nare.

Pasé a la casa y la saludé.

—¿Nare?— pregunté.

—Oh, ella se está terminando de bañar— respondió sonriendo. A sus cuarenta y seis años, su sonrisa era impecable. Con su pelo lacio y de color caramelo era toda una mujer bella.

—Bueno... si no hay problema la espero en su habitación,

—Sube, no hay ningún problema.

La escalera se encontraba justo en frente de la puerta principal así que no tarde mucho en llegar allí. De todas formas, conocía esta casa como la palma de mi mano (demasiadas tardes pasé allí), y si estaba en otro lugar, no me perdería.

En la planta de arriba de la casa se encontraban las habitaciones y sus respectivos baños. Si. Sus respectivos baños. A veces envidiaba eso. Me gustaría tener mi propio baño. Había cuatro habitaciones. La de los padres de Nare, la de Giuli, la de Nare y la habitación de invitados al fondo del pasillo. Había dos habitaciones de cada lado. La de Nare se encontraba del lado izquierdo, en frente de la de los invitados. Cuando me acerqué a ella, me pareció raro ver que salía luz de la habitación de invitados. ¿A quién tendrían en casa? Sacudí la cabeza, eso no era de mi incumbencia.

Sin tocar entré en la habitación de Nare. Su habitación era la misma de siempre. Una enorme cama en centro, su típico armario lleno de ropa y su puff gris en el suelo. La decoración de su habitación variaba entre los colores, rosa, blanco, negro y gris.

—¿Mamá?— preguntó Nare desde el baño continuo al cuarto.

—Nop, soy yo, Lia— respondí yendo hacia al baño. La gran mayoría de las veces Nare me pedía que la acompañara al baño así seguíamos hablando, ella no tenía vergüenza conmigo. Era una descarada. Pero ya estaba acostumbrada.

—¡Lia!— gritó ella con una sonrisa enorme cuando me vio entrar— Te abrazaría pero estoy mojada— río.

Su baño también era de lujo. Pero a comparación del baño principal que tenía la casa, lleno de azulejos blancos y cosas que brillan, este tenía azulejos rosados.

—No importa— sonreí.

—De acuerdo— dijo y me abrazó.

Bajé la tapa del retrete y me senté a observarla mientras ella se secaba y ponía la ropa interior en silencio.

—¿Qué te trae por aquí?— preguntó una vez terminó.

—Ayer hablamos... quería hablar contigo sobre algo.

—Cuenta... cuenta— animó mientras se dirigía a su habitación. La seguí y me senté en su cama.

—Es sobre un chico...— comencé. ¿Qué le diría ahora? ¿Qué conocí un chico que odié totalmente pero que si lo miraba a los ojos me hechizaba?

Nare gritó.

—¿Qué?— pregunté en respuesta.

—No, espera. No me digas aún— contestó poniéndose una musculosa y un mono de jean— Me muero de hambre, comamos algo y me cuentas.

—Oh, Nare, tú y tu hambre— dije levantándome— Sospecho que solo quieres verme comer.

—No, eso no es cierto— ella se puso delante de mí con sus manos en sus

caderas— Solo quiero que me acompañes a comer algo y me cuentes.

—Ajá— le respondí no dándole importancia.

—Bueno, adelántame algo, ¿Qué hicieron tú y este chico? ¿Cuándo fue?— me preguntó mientras se calzaba unas sandalias en los pies.

—Fue en tu fiesta— fue lo único que respondí.

—Ajá. Entonces lo conozco. Estupendo— dijo ella sonriéndome con malicia y dirigiéndose hacia la puerta— ¡Cuéntame todo! ¡Cuéntame todo!— chilló abriéndola— ¿Cómo se llama?

Le iba a responder cuando la puerta de la habitación de invitados se abrió interrumpiéndonos.

—¿Por qué tantos gritos? Podrías bajar la voz, me duele la cabeza— dijo una voz ronca con enojo.

—Lo siento, Zachariah. Pídele algo a mamá para el dolor. Ya bajábamos— contestó Nare.

Wow. Espera. ¿Dijo Zachariah?

Me di vuelta para ver a esa persona con quién Nare hablaba y allí estaba. Había oído bien. Ella dijo Zachariah. Oh no. Ante mí tenía un Zachariah, con los ojos cerrados, sin camisa y el pelo revuelto. Por su aspecto seguro se levantaba de dormir. Lo recorrí con la mirada. Dios, se veía tan sexy. Tenía su abdomen a la vista, se veía apetecible. Me di una cachetada mental.

Este chico podía parecer sexy, pero abría la boca y se volvía odioso. ¿Qué demonios hacía en la casa de mi mejor amiga?

Nare me agarró de la muñeca sacándome de mi trance y me llevó escaleras abajo.

—Él es mi primo, Zachariah. Va estar aquí un tiempo, no lo sé, supongo que hasta que se arregle con mis tíos.

Espera otra vez. ¿Su primo? En serio no podía estar pasándome esto. Pensé que no lo vería más y aquí está, viviendo en la casa de mi mejor amiga. Vaya suerte tengo.

—No importa eso, ahora dime ¿Cómo se llama?— preguntó entrando en la cocina y tomando algunas galletas.

—¿Cómo se llama quién?— pregunté distraída. Todavía no podía creer que el odioso de Zachariah esté en la misma casa.

—Ese chico que conociste en mi fiesta, ese del que me querías hablar.

—Yo...— no podía hablarle de Zachariah. ¡Era su primo!— Nada, no, ya pasó.

—Aghhh— dijo ella fulminándome con la mirada— Ahora te cierras.

—No me cerré, solo que no quiero hablar de ello ahora.

Escuché pasos bajando por la escalera. Crucé los dedos. Que no sea Zachariah. Que no sea Zachariah. Que no sea Zachariah. Que no sea Zachariah.

Más de mi mala suerte. Zachariah entró en la cocina arrastrando los pies y se apoyó en la mesa del desayuno.

—Nare, ¿podrías darme un vaso de leche?— preguntó con su sexy voz de dormido.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?— respondió ella levantando una ceja hacia él.

—Te escuche hablar. ¿Me lo vas a dar o no?

—No. Tú tienes manos.

Zachariah gruñó y abrió los ojos. Se levantó, alcanzó un vaso de la mesa y se dirigió hacia el refrigerador. Una de dos. O había notado mi presencia y me ignoraba. O no se había dado cuenta de que yo estaba allí.

—Vámonos, Lia. Dejemos al malhumorado este— me dijo Nare mientras iba hacia la puerta de la cocina.

A la mención de mi nombre Zachariah dirigió la vista hacia Nare y luego hacia mí. Eso responde a mi pregunta. No había notado mi presencia. Mierda. ¿Ahora que iba a hacer? ¿Iba a ignorarme? No tenía ganas de hablar con él. Deseé que no me hablara.

Me miró por unos segundos.

—Hola— dijo al fin dando una sonrisa ladeada y arrogante.

Nare puso los ojos en blanco al ver el gesto de su primo.

—Vamos, Lia— dijo y tiró de mí hacia las escaleras devuelta a su habitación.

Oh. Oh. Esto iba a ser difícil.

Capítulo 4

Chico misterioso.

—¿Por qué nunca me contaste que tenías un primo llamado Zachariah?— pregunté fulminando con la mirada a Nare desde mi lugar sentada en su cama.

—Te dije que tengo muchos primos— contestó encogiéndose de hombros y tomando un esmalte de color rojo de su estante.

—Sí, bueno. Pero como que... podías mencionar que tu primo es... bueno, él. Y sobre todo que está viviendo contigo.

—¿Desde cuándo te interesa tanto eso?— preguntó mientras se sentaba a mi lado y pintaba sus uñas.

Debía parar de actuar así. Nare no es tonta y sospecharía. Aggg. Maldito Zachariah. Si tan solo no lo hubiera conocido.

—¿Y? ¿Piensas decirme algo?— insistió.

—¿Qué?— pregunto distraída. Mierda. Debía dejar de quedarme pensando o también sospecharía algo.

Suspiró de frustración.

—No importa.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya la hiciste— me contestó riendo.

Reí sarcásticamente.

—Hablo en serio— dije mirándola fijamente.

—Yo también— sonrió.

—Ay, yaaa— la empujé con el hombro.

—¡Cuidado mi esmalte!— gritó y me empujó de vuelta, caí en la cama y ambas nos reímos.

—Pregunta lo que quieras, tonta— dijo una vez que paramos de reír.

—Tonta serás tú. ¿Cómo es tu primo?— pregunté sentándome. La verdad que no sabía nada de él. Sólo que era odioso y arrogante.

—¿Zachariah? Oh... él... es un buen primo. ¿Por qué?

—Por nada— contesté. Me regañé a mi misma por haber preguntado eso. ¿Qué demonios me importaba a mí como era él?— ¿Por qué está aquí?

—Oh... bueno, él se peleó con mis tíos y escapó. Mis tíos prefieren que esté aquí a cualquier lado... No sé cuánto tiempo, pero sí, se quedara aquí bastante rato.

Mierda. Eso significa que me cruzaría con él muchas veces.

—¿Cuántos años tiene?— yo apostaría que tiene un par de años más que yo. Él debería ir a la universidad o tener algún trabajo.

—Diecinueve.

—¿Y por qué no está en la universidad?

—No lo sé.

Nos quedamos en silencio un rato con nuestros pensamientos.

—¿Segura que no quieres contarme nada sobre ese chico misterioso?— preguntó ella después de un rato.

—¿Chico misterioso?—levanté una ceja hacia ella.

—Bueno, ya que no me diste su nombre, pensé en llamarlo chico misterioso.

Me reí.

—Bien, pues, el chico misterioso como dices tú, se quedará en su misterio.

Nos pasamos horas hablando y Nare me invitó a cenar. Me suplicó que me quedara. Yo no quería hacerlo, no con Zachariah comiendo en la misma mesa. Acepté solo porque su mamá cocinaba increíble y era una de las pocas comidas que comía con mucho gusto.

Silvina nos llamó a comer y nos sentamos todos en la mesa de vidrio en el comedor. Ya estaba servida la comida. Esta noche comeríamos espaguetis a la boloñesa. La salsa de Silvina era la mejor. Mmmm...

—¿Todavía ella aquí?— preguntó Zachariah al entrar en el comedor y sentarse frente mío en la mesa.

—¿Cuál es tu problema, Zachy?— contestó Nare fulminándolo con la mirada— Eso no te interesa.

—Yo solo dije. Por otro lado, ¿no es muy tarde para que se vaya sola a casa? Y deja de decirme Zachy— replicó frunciendo el ceño— Mi nombre es ZA-CHA-RI-AH.

—Lia, ZACHY, tiene razón ¿cómo vuelves a casa?

—¿Yo? Eh... mi mamá me pasa a buscar. Hablé con ella hace un rato.

—Bien, problema solucionado, ahora todos coman— dijo Silvina callándonos a todos. Miré a Nare y formulé "Zachy" con los labios levantando las cejas. Ella rió.

El resto de la cena pasó en silencio. Nare y Zachariah se lanzaban miradas asesinas y luego reían. Parecían niños.

Mi madre pasó a buscarme después de cenar y antes de irme Nare me alcanzó y dijo:

—Mañana hay partido, ¿vienes?

—Veré. Luego te llamo.

—¿Con que hay partido eh?— preguntó mi mamá una vez nos pusimos en marcha en su auto.

—Sí.

—¿Irás?

—No lo sé.

—Ve, yo no estaré en casa.

—¿Sales con Robert?— pregunté con una sonrisa. Ese hombre era bueno para mi mamá. Ella a sus cuarenta y cuatro años era muy bella, con sus rulos naturales y ojos marrones como su cabello, se merecía a alguien que la quiera y respete. No como hizo mi padre.

—Sí— sonrió.

—Genial, entonces iré.

Llegué a mi casa y llamé a Nare. Contestó al segundo timbre.

—¿Con qué Zachy, eh?

—Sí— rió— Lo burlo con eso.

Me reí.

—Me lo imaginé.

—Oye, ¿vienes al partido? Juegan los chicos... y aparte estará él y no quiero ir sola.

—¿Franco?— pregunté por si se refería a su ex novio.

—Sí y no quiero estar sola— rodé los ojos.

—Supéralo. ¿Y Margaret? ¿Ella no va?

—Me dijo que no puede... Por fis veeeeen...

—De acuerdo, iré. Pero oye, pásame a buscar con ese lindo coche tuyo— pedí.

—Está bien, llevaré a mi bebe solo porque tú lo pides.

—Graciaaaaaas.

Colgué y me fui a dormir. Mañana sería un lindo día. Habría partido de fútbol y mis amigos jugarían. No tendría que ver a Zachariah.

Al otro día me levanté y desayuné cereales antes de irme. Nare ya me esperaba afuera en su lindo auto rojo. Era un hermoso Chevrolet de dos puertas. Me subí al auto y partimos. Yo me había puesto para ir al partido unos jeans y una camisa sin mangas. Nare iba igual solo que con una camisa de tirantes.

Llegamos y ya había gente en la tribuna para animarlos. Ellos entrenaban y luego competían con otros equipos. Tomamos asiento en nuestros lugares.

—Mira, allí están— dijo Nare señalándome con el dedo.

Miré en la dirección en que ella me indicaba y me quedé piedra.

—¿Qué demonios hace él aquí?— siseé.

—Ah, bueno, Zachariah iba a venir a ver el partido, pero llegó Axel con un tobillo esguinzado diciendo que no podría jugar y Zachariah se ofreció a cubrirlo.

—Genial— dije sarcásticamente.

—Ajá— respondió sin notar lo sarcástico en mi voz.

Desde mi lugar podía ver a los jugadores perfectamente. Vi como Zachariah coqueteaba descaradamente con unas chicas y resoplé. ¿Era necesario hacer eso sin parar? Que engreído era.

—¿Es necesario que haga eso?— le susurro a Nare.

—¿Qué cosa?— pregunta distraída mirando la cancha en busca de alguien.

—Eso— le respondo señalándole el lugar en dónde está Zachariah flirteando con las chicas. Argh.

—Ah, eso— asiente.

—Sí, eso.

—Es su comportamiento normal... Si no lo haría, yo, me preocuparía.

¿Comportamiento normal? Arrogante estúpido. No lo conozco, ni quiero conocerlo, pero este chico lo conozco lo suficiente como para saber que es un arrogante estúpido.

El partido comenzó minutos más tarde. Vi como el arrogante de Zachariah se movía de un lado a otro con la pelota, sudando y con la camiseta pegada al pecho. Oh que sexy que se veía así... Lo que daría por tocar esos músculos. Me pegué una cachetada mental. No debía pensar así, no va a pasar nada con él, ni quiero tener nada con él, con ese arrogante estúpido.

El partido terminó 2 - 0 ganamos gracias a los goles que Zachariah metió. Juega bien.

—Parece que lo quieren en el equipo— dijo Nare señalando a la cancha.

Miré y vi a Zachariah hablando y asintiendo con el entrenador del equipo.

—Tu suegro tiene mal gusto— le respondo.

—Ya no es mi suegro— me mira con cara de enojada y se cruza de brazos— Franco y yo terminamos hace semanas.

—Lo que tu digas— dije suspirando, ella y su novio iban y venían todo el tiempo.

—Por otro lado, si Zachy sigue jugando así, el equipo puede anotarse en el torneo de este año— aplaude entusiasmada.

La miro de reojo.

—Eso sería genial para el equipo— Lástima que tiene que estar "Zachy", pienso con burla.

Ya que el equipo ganó todos nos fuimos a festejar en una fiesta a la casa de Franco como siempre. Fran, era el defensor del equipo y novio, bueno ex, de mi mejor amiga. Como siempre cada vez que vamos a la casa él y ella desaparecen. Me imagino muy claramente lo que deben estar haciendo aunque ella me lo niegue. Agh.

Paso las primeras horas de la fiesta hablando y bromeando con los jugadores (y amigos míos) del partido. Más tarde veo aparecer a Nare de la mano de Franco y ponerse a bailar. Sip. Ya se arreglaron.

Me dirijo a la cocina por busca de algo de beber que no sea cerveza, porque Agh, no me gusta la cerveza, cuando alguien me toca el hombro.

Me doy vuelta y me encuentro mirando dos ojos verdes que me ciegan, rápidamente aparto la mirada sabiendo de quién son y miro el piso.

—Zachariah.

—Lia.

—¿Buscas algo?— sigo mirando el piso y a todos lados menos a esos ojos que me hechizan.

—A ti.

Está hablando con esa voz ronca que hace a todas las chicas enloquecer.

—Me encontraste, ¿Qué quieres?— disimuladamente lo recorro con la mirada. Se debe haber duchado después del partido porque huele delicioso. Va vestido con unos jeans negros y una camiseta sencilla, pero dios, él hace que esa ropa sencilla se vea realmente sexy. ¿Como hace?

Ah, sí, esos músculos lo cambian todo.

—Ay, Lia, yo quiero tantas cosas... — dice seductoramente acercándose un poco a mí.

Suspiro y me doy vuelta para seguir con mi camino. Llego a la heladera y me sirvo un vaso de jugo. Me doy vuelta y me estampo contra un pecho. Doy un grito ahogado.

—Eres un estúpido. Casi me haces volcar todo, ¿Qué quieres Zachariah?— digo con enojo y empujando su pecho con mi mano libre.

Me toma por la barbilla para que lo mire a los ojos y acerca su rostro al mío.

—Es algo muy sencillo...— susurra cerca de mi oído provocándome escalofríos.

—¡Zachariah!— chilló Nare sobresaltándome y entrando por la cocina.

Zachariah se separa un poco de mí pero no me suelta y no pierde contacto visual.

—¿Qué?— pregunta sin dejar de mirarme.

—¿Podemos hablar un minuto?— pregunta ella.

—¿Tiene que ser ahora?— responde Zachariah con lo que podría jurar que fue enojo.

—Sí. AHORA.

Me suelta suavemente, se acerca a mi oído y susurra:

—Todavía no he terminado. Esperáme aquí.

Y se va siguiendo por la puerta de la cocina a Nare, dejándome completamente paralizada.

Capítulo 5

No somos nada.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que salgo de mi trance. Me quedé quieta en mi lugar frente a la heladera con mi vaso de jugo en mi mano sin moverme. Estuve pensando en Zachariah y en que querría. En como gritó Nare y porque lucía tan molesta. ¿Debía quedarme como dijo Zachariah y esperarlo? No. Él no me mandaba. Pero yo quería saber lo que él quería de mí. No, no quería saberlo. ¿O sí? Arggggggh. Maldito Zachariah que me confunde. Salí de la cocina a pasos agigantados. Sin ver por donde iba choqué contra algún chico de la fiesta volcándole todo el jugo encima.

—Cuidadooo— gritó la otra persona sosteniéndome.

—Ay dios, lo siento, no me fijé por dónde iba— miré su camisa mojada y luego lo miré a él quedándome estupefacta.

—¿Nicolas?— dije sorprendida al ver la persona que tenía delante de mí.

—¿Lia?— preguntó él tan sorprendido como yo— Cuánto tiempo sin verte... Wow. Estás totalmente cambiada— sonrió y me abrazó.

—Nicolas, tú también, ya no usas aparatos— respondí recorriéndolo con la mirada.

Nicolas era el hijo mayor de la mejor amiga de mi mamá, Elena, o tía Elena para mí. Crecimos juntos y hace cinco años se había ido a vivir con su padre (ya que sus padres están separados) y no lo vi todo este tiempo. En su momento él usaba aparatos y estaba lleno de granos. Ahora maduré me lleva un año y se ve sexy. Tiene un comienzo de barba y ya no huele mal.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Cómo llegaste hasta aquí?— pregunté con una sonrisa.

—Llegué hace poco y tu madre estaba en lo de la mía— me regaló otra sonrisa— Me dijo que estabas en un partido y me trajo. Supuso que había ganado.

—Así es. 2 - 0 - digo muy orgullosa de mis amigos.

—¿Tomamos algo?— pregunta y mira mi vaso vacío.

—Oh... sí, ven así te limpio ese enchastre— me río.

Fuimos a la cocina y le limpié la mancha con un trapo. Nos servimos bebidas energizantes. Pasamos un poco más hablando sobre lo que estuvo él haciendo estos años y me retiré al baño.

Pasé por la sala de estar y lo vi a Zachariah. Bebiendo. Tequila. Directamente. De las tetas. De una rubia. Me paralicé en mi lugar mientras veía como él lamía la sal de sus pechos, lamía el tequila de su cuello y chupaba el limón que la chica sostenía con su boca. Vi como él lo sacaba y la besaba.

Corrí escaleras arriba. Lágrimas picaban mis ojos. Seguí corriendo por el pasillo y me encerré en el baño. Un par de lágrimas corrieron por mis mejillas y me las sequé bruscamente con el dorso de la mano. Me miré en el espejo. ¿Por qué demonios lloraba? ¿Por Zachariah? Demonios. ¿Nos conocíamos hace cuanto? ¿Dos días? Dios, no somos nada. NADA. ¿Por qué me molestó que hiciera eso con esa chica? Él es un estúpido. Nunca me fue a buscar. ¿Quería que me hubiera ido a buscar? No lo sé...

Arggggh. Me enoja. Ya no sé ni lo que siento o ni lo que quiero. Maldito Zachariah.

Suspiro de frustración, me lavo la cara y salgo del baño para tropezarme con un muy borracho Zachariah.

—Tú no vash a ningún lado – dice arrastrando las palabras. Empujándome y metiéndome en el baño cerrando la puerta detrás suyo.

—Zachariah...— empiezo con voz enojada pero él me pone un dedo tembloroso en los labios para callarme.

—Shhhhhhh, no hables— dice tomándome el rostro con sus manos haciendo que lo mire a los ojos— Cierra esa boquita por un momento.

—Suéltame— digo tratando de no mirarlo a los ojos, pero estamos tan cerca que se me hace imposible.

—No.

—¿Qué vas a hacer?— susurro confundida.

—Quiero probar estos...— responde tocando mis labios con su pulgar. Su pulgar es suave contra mis labios. Contengo el aliento mientras lo miro. Dios... yo también quiero probar los suyos... Con esa mirada verde hace que me pierda en un mundo donde solo existimos él y yo. El resto se borra. Me hace sentir cosas que hace tiempo no sentía. Me falta el aire. Ansío ese beso para poder respirar. Necesito ese beso...

Roza mis labios con los suyos y justo en ese momento recuerdo lo que estuvo haciendo minutos antes abajo. Salgo de mi transe y lo empujo con ambas manos en su pecho, haciéndolo tropezar hacia atrás.

—¡Ve a probar los de esa rubia, imbécil!— le grito y salgo del baño.

Voy maldiciendo mientras bajo las escaleras y empujo a todo el mundo para poder llegar hasta la puerta heirme. Ya estuve suficiente en esta fiesta.

—¡Lia!— me llama Nare.

Corre hacia mí y la dejo alcanzarme.

—¿Qué?— le espeto.

Frunce el ceño.

—¿Ya te vas?

—Sí — respondo seca y cortante.

—¿Estás bien? ¿Por qué me hablas así?— pregunta preocupada.

—Yo...— suspiro y me calmo un poco. Ella no tiene la culpa de que su primo sea un estúpido, arrogante, engreído y... bueno basta— Lo siento, es que me duele la cabeza— le respondo al fin tocándomela con una mano.

—Oh, bueno, está bien... ¿quieres que te lleve a casa?— se ofrece buscando las llaves de su auto en el bolso.

Miro detrás de ella y veo a Zachariah caminando hacia mí. Tomo del brazo a Nare y la empujo hacia afuera.

—De acuerdo.

—Bien, pero no empujes. ¿Pasó algo?

—No.

Subimos al coche y en el trayecto a casa ninguna dijo nada. Paró frente a mi entrada y sé quedo un rato mirando al frente, sumida en sus pensamientos. Al fin suspiró y me miró.

—¿Te gusta Zachariah?— preguntó.

—Yo... ¿Qué? — ¿Qué acaba de preguntarme?, ¿Qué me gusta Zachariah?

—Dije que, si te gusta Zachariah.

— No.— ¿Me gusta Zachariah? ¿Por qué me lo pongo en duda? No, definitivamente no me gusta Zachariah. Pero sus ojos... y sus labios carnosos... y... No, NO ME GUSTA ZACHARIAH— No, Nare, no me gusta Zachariah ¿Por qué lo preguntas?

—Nada.

—¿Nada?, ¿Preguntas si me gusta tu primo, digo no y tú dices nada?

—Olvídalo.

—De acuerdo.

Me bajo del coche y me dirijo hacia la puerta de mi casa. Escucho que toca la bocina y me doy vuelta. Me hace señas de que la llame desde dentro y se marcha.

Nare es mi mejor amiga, y su primo es un estúpido que tendré que ver muy seguido. Después de lo que pasó esta noche no quiero verlo nunca más.

Entro en la casa con mi llave y las tiro en el mostrador. Camino a la sala de estar y los veo a mi mamá y Robert besándose apasionadamente sobre el sofá. Trato de ir a mi habitación en silencio para no interrumpirlos pero fallo tremendamente al chocarme con una silla. Se sobresaltan separándose rápidamente y mi madre al darse cuenta de quién soy se vuelve roja como un tomate.

—Siento interrumpirlos, pero no sabían que estaban aquí. Hola Robert— responde con un asentimiento de cabeza. Él también está avergonzado.

—No, cariño, no pasa nada. No pensé que vendrías tan temprano. ¿Pasó algo?— Si mamá, todo.

—No, no pasó nada— sonrío débilmente.— Solo me duele un poco la cabeza, me iré a dormir...

—De acuerdo— se levanta y me besa en la frente.— Duerme bien.

—Adiós.

Al llegar a mi habitación me tiro en la cama. Estoy agotada. Zachariah me agota. Esta noche fue un desastre. Lo único bueno es saber que la relación de mi mamá y Robert está progresando y que mi mamá es feliz.

Se le nota.

Concilio el sueño pasadas las tres de la madrugada. Empecé a dar vueltas en la cama sin poder sacarme de la cabeza esa escena de Zachariah y esa rubia. Y en las cosas que Zachariah me hace sentir. La última vez que sentí algo como eso, como si necesitara un beso para respirar, terminó todo muy mal. Terminé enamorándome, sufriendo y con un intento de suicidio. Bueno, no es que me quise matar por un imbécil, no soy tan estúpida. Si no, en que él cortara conmigo solo dio el empujoncito que me faltaba. Sí, mi pasado es deprimente, por eso nunca hablo de él.

Luego de esa relación no quise saber más nada con tener un novio y enamorarme. Zachariah definitivamente no es algo bueno para empezar. Él no es un chico que se enamore y lo primero que va a buscar en mí es sexo, cosa que no estoy preparada todavía. No me llama el sexo. No sé por qué. Jamás sentí eso de estar atraída por un chico. Y no tengo idea de cómo sería. Solo sé que el día que conozca a ese chico por el que me atraiga lo notaré.

Al día siguiente me despierto sola por primera vez en mucho tiempo, son contadas las veces que me despierto sola, siempre está mamá ahí despertándome. Miro el reloj de mi mesita de luz y veo que son las diez de la mañana. ¿Qué hago despierta a esta hora? Siempre duermo como un tronco y mi madre sabe bien a qué hora llamarme. Me levanto y me miro. Tengo la misma ropa que el día anterior... me habré dormido sin cambiarme. Salgo de mi habitación en silencio y escucho. Ningún ruido en la casa, eso quiere decir que, o mamá está fuera comprando, o está en lo de Tía Elena. ¡Tía Elena! ¡Nicolas! Me doy una cachetada mental. Me fui sin despedirme de él... ¿Cómo habrá vuelto a casa? Rápidamente entro a mi habitación y tomo mi teléfono. Llamo a mamá.

—Mamá.

—Buen día, cariño, ¿todo está bien?— pregunta con preocupación.

—Sí, ma, todo bien. ¿Dónde estás?— la tranquilizo.

—Oh, estoy en lo de Tía Elena, ¿has visto a Nicolas? Ha vuelto... y está bastante guapo.— Oh, oh. Mi mamá ya anda de casamentera.

—Sí mamá lo vi. ¿Está en la casa?

—Sí, está en su habitación. ¿Por qué?

—Oh, porque ayer me fui de la fiesta sin él— suspiro aliviada.

—Oh, cariño, sí, él me contó.

—Hum, bueno, está bien mamá.

—¿Vienes a almorzar?

—No— dije sin pensármelo dos veces... mi mamá cuando se pone de casamentera no para. Sería una situación bastante incómoda para Nicolas como para mí.

—¿Y que comerás?

Rodo los ojos.

—Iré a lo de Nare.

—De acuerdo— dijo no muy convencida— Nos vemos a la noche.

—Bien, adiós mamá... Mándale saludos a tía Elena.

Escuché como se lo decía, a través de la línea.

—Te manda otros. Cuídate cariño, te amo.

—Te amo también, mamá.

Corté y me acosté devuelta. Creo que el hecho de que mi subconciente estaba preocupado por Nicolas hizo que me despertara.

Me despierta de mi sueño una llamada.

—¿Lia?— dice Nare con una muy mala voz.

—Hola Nare, sueñas muy mal... ¿te ocurre algo?— pregunto con preocupación.

—Yo...— susurra y se larga a llorar.

—Oye, Nare, cálmate ¿sí? Escucha en un rato estoy en tu casa, espérame.

Da unos cuantos suspiros antes de calmarse.

—De acuerdo.

Y corta. Me levanto rápidamente y tomo de mi armario lo primero que encuentro. Unos pantalones de calza y mi camiseta azul preferida antes

de correr hacia la ducha.

Minutos más tarde estoy tocando el timbre del portero de la casa de Nare.

—¿Quién es?— responde una voz ronca.

—Soy yo, Lia.

—Oh, Lia. ¿Cómo estás?— pregunta Zachariah del otro lado.

—Bien, ábreme.

Corta el portero automático y lo veo salir por la puerta de entrada caminando hacia a mí con las llaves de la puerta. Lo observo caminar, su caminar es bien sexy. Cuando está lo suficientemente cerca le digo:

—¿Sabes que podrías haberme abierto desde dónde estabas, verdad?

—Sí, pero como sé que vienes a ver a Nare quién no ha salido de su habitación todo el día, vine aquí porque quiero hablar contigo.

—Zachariah no tengo tiempo, tengo que ver a Nare. Ábreme.

Abre la puerta de reja y me deja pasar. Antes de llegar a la puerta de la casa él ya está delante de mí.

—Lia, solo quiero disculparme.

Oh, bien, ¿entonces recuerda la fiesta de ayer? ¿Y quiere disculparse? ¿Por qué? ¿Por querer besarme o por lo de la rubia? Eso despierta mi ira.

—¡Con que ahora quieres disculparte!— grito llena de furia.

—Deja de gritar, que aunque no tenga tanta resaca me duele la cabeza— dice mirándome con el ceño fruncido— Sí, quiero disculparme.

—Bien, ya lo hiciste.

—¿Y no piensas decirme “disculpado” o algo?

—No, ¿te puedes quitar del camino así entro a la casa?

Se corre y cuando estoy a punto de entrar escucho que dice “insoportable gritona”. Me doy vuelta lanzando humo por mis oídos.

—¿Qué me dijiste?— síseo.

Él me mira con una sonrisa arrogante en el rostro.

—Nada, araña pollito— dice tranquilamente. Sigue sonriendo como un estúpido arrogante. Lo fulmino con la mirada, confundida trantando de adivinar que significa "araña pollito" y entro en la casa.

Capítulo 6

Capítulo 6

¿Y si te robo un beso?

Al entrar en la casa me doy cuenta que los padres de Nare no estaban. Encuentro a Nare acostada en la cama de su habitación con pañuelos usados esparcidos por todo el suelo y llorando. Llego a ella y la consuelo susurrándole cosas buenas, como que estaré allí para a lo que ella necesite pero que me explique qué pasó.

—Creo... creo... —balbucea hipando.

—¿Crees qué?— pregunto amablemente.

—Creo... creo... que... estoy... embarazada— dice eso y se larga a llorar nuevamente.

Yo me quedo en shock. ¿Dijo embarazada?

—¿Embarazada?

—Siiiiiii— solloza.

—¿Y tú como sabes eso?

—Es... que... no a... venido... periodo— balbucea hipando nuevamente sin yo entenderle nada.

—A ver Nare, ¿por qué no te calmas un poco? Yo iré a buscar agua. Quédate aquí.

—De... de... acuerdo.

Salgo de la habitación y voy a la cocina por el vaso de agua.

—Aquí tienes el agua— digo tendiéndosela a Nare y sentándome a su lado en la cama.

—Gracias— murmura.

—Bueno, ¿puedes explicarme que pasó?

—Yo creo... — traga duro— que estoy embarazada.

—Bueno, eso ya lo entendí. ¿Pero cómo sabes tú eso?

—No me vino el periodo este mes y una vez Franco y yo...

—... no se cuidaron— terminé por ella.

—Sí.

—¿Y lloras por eso?

—Sí— responde lagrimeando un poco.

—No, no, no. Nada de lágrimas. Para saber si de verdad lo estás tienes que hacerte un test.

—Sí.

—Ve a ducharte. Te espero abajo.

—De acuerdo.

Voy bajando las escaleras cuando escucho la voz de Zachariah muy enojada.

—¡No, papá, no voy a volver! ¡No con esa puta en casa!

Sus palabras me dejan atónita. Y me inmovilizo en mi lugar escuchando.

—Me importa una mierda lo que tú pienses— silencio. Como escucho solo su voz deduzco que está hablando por teléfono— Échala. Me importa una mierda ella. Y si a mamá no le digo nada es solo por su condición de salud, no por ti hijo de puta.

Sus palabras son frías y crueles. No entiendo por qué le habla así a su padre.

—Pasaré algún día a ver a mamá.

Luego de eso no escucho más nada y decido bajar las escaleras. Abajo me encuentro a Zachariah sentado en un sofá de la sala de estar con la mirada perdida. Se ve... tan vulnerable. No sé parece nada al maldito Zachariah que yo odio. Se ve, afligido. Yo quiero... contenerlo. Avanzo unos pasos hacia él y susurro su nombre. Salta del sofá parándose, como si lo hubiera asustado y me mira.

—Lia— dice al fin.

—Yo... — ¿le digo que escuché su conversación? No, eso me haría ver como una chusma— ¿estás bien?

Traga duro.

—Estoy bien. ¿Y Nare?

—Ella está bien, no te preocupes. Tú, ¿estás seguro de que estás bien?— me mira un rato largo.

—No— susurra al fin.

Lo miro sin saber qué hacer y le toco el brazo como para confortarlo. Cuando toqué su brazo el tiro de mí hacia sus brazos y me abrazó como si necesitara de ello para estar de pie. Yo también lo abracé de esa manera. Su olor, su cercanía, hacía que mis piernas se debilitaran. Quería apoyar la cabeza en su pecho pero mis anteojos me incomodaban así que me los quité. Él se dio cuenta de ello y se separó un poco. Lo miré, y aunque veía borroso, él seguía viéndose hermoso. Acarició con una mano mi mejilla.

—Hermosa— susurró. Y ese susurro me derritió. Si él hubiera querido besarme lo hubiera hecho sin dudarlo. Allí mismo. Quería besarlo. Pero no me besó. Me atrajo hacia su pecho y me abrazó por no sé cuánto tiempo. Nos separamos al escuchar pasos por la escalera. Volví a ponerme mis anteojos y vi a Nare.

—Ya estoy— me dijo.

—Bien, Zachariah, nosotras salimos— le aviso.

Asiente, pero sé que está solo en sus pensamientos. Verlo así me dan ganas de quedarme aquí abrazada a él y no separarme nunca.

Nare maneja hasta la farmacia más cercana y en la fila para pagar le pregunto:

—¿Tu tía está enferma?

Nare se sorprende por la pregunta y me mira extrañada.

—¿La mamá de Zachy? Sí.

—Oh, y ¿Qué le ocurre?

—Tiene cáncer.

Pagamos el test en silencio y el viaje de vuelta fue aún más silencioso. Cuando llegamos no veo a Zachariah por ningún lado. Nare se hace el test

en el baño de su habitación. La espero fuera no sé cuánto tiempo para que salga con una sonrisa de alivio en la cara.

—Es negativo.

La abrazo fuerte.

—¿Y si hubiera sido positivo? Tienen que cuidarse más Nare— la regaño— No es la primera vez que te pasa.

—Buenooo, es que no entiendes, cuando la pasión gana lo último que piensas es en ponerte un preservativo.

La miro con el ceño fruncido. Claro que no entiendo cuando la pasión gana. Y si me pasara a mí, yo sí me cuidaría.

—Ya, cambiemos de tema. Estuve llorando mucho creyendo que tendría que cambiar pañales a mi edad.

Justo en ese momento le pita el teléfono. Lo toma y lee el mensaje.

—Es mi madre. Quiere que vaya a buscar a Giuli a lo de una amiguita suya. Ya quiero que vuelvan a comenzar las clases así esta enana no me molesta.

—Sí comienzan las clases para ella, comienzan las clases para ti y para mí.

—Ay, cierto. Pero por lo menos las nuestras son divertidas. Último año— aplaude.

—Voy y vengo, quédate aquí— dice y se va dejándome sola en su habitación.

Miro a mi alrededor sin saber qué hacer y recuerdo el aspecto de Zachariah minutos antes y mi preocupación se enciende. Salgo de la habitación y toco la puerta de invitados que está justo en frente.

—Pasa— responde débilmente Zachariah.

Entro y cierro la puerta detrás de mí. Miro la habitación y veo que no cambió. Está tal cual la recuerdo cuando estuve viviendo aquí un tiempo. Paredes blancas. La cama de dos plazas en el medio y muebles sencillos de madera. Zachariah para ser un chico la tiene bastante ordenada.

Él está recostado en la cama con los ojos cerrados.

—Yo... vine para ver si necesitabas algo— le susurro. Abre los ojos y se sienta en la cama apresuradamente.

—Pensé que eras Nare.

—Oh, yo... lo siento, solo quería saber si necesitabas algo— digo dándome la vuelta y diciéndome que esto de ser amable fue mala idea.

—Espera— dice tomándome la muñeca y dándome vuelta. No me había dado cuenta lo rápido que estuvo detrás de mí. Se acerca más a mí y me mira a los ojos.

—Necesito esto— susurra acercando mi cara hacia la suya.— Esto— roza sus labios con los míos sin perder contacto visual y me deposita un suave beso en mis labios.

Cierro los ojos y lo empujo suavemente dando unos pasos hacia atrás alejándome de él.

—No.— le dije. Quería contenerlo. Pero no me conviene enamorarme. No. Y menos de él. Si lo beso me voy a enamorar de sus besos. No. Él dio un paso adelante y yo otro atrás. Seguimos así hasta que mi espalda tocó la puerta de la habitación. Agarré la manija y la abrí.

—Zachariah, no voy a besarte— estaba a punto de darme la vuelta pero él me tomó por la cintura y me atrajo hacia él hasta que mi pecho estaba apretado contra el suyo.

—He querido besarte desde el primer momento en que te vi— murmura cerca de mí.

—No lo creo. Cuando me viste me insultaste. Y no voy a besarte— miro su pecho. Si miro sus ojos, o claro que si lo besaré.

—Sí lo hice. He querido probar tus labios desde que te vi.

—Ya los probaste— le digo tratando separarme un poco pero lo único que hace eso, es que él me sostenga con más fuerza.

—Eso no fue un beso.

—Sí, lo fue— estoy comenzando a enfadarme.

—¿Y si te lo robo?— pregunta.

—¿Qué?— levanto la mirada. Se acerca su cara a la mía.

—¿Y si te robo un beso?— susurró él con voz ronca, muy, muy cerca de mi boca.

—No...— fue lo único que pude decir antes de que él estampara su boca contra la mía. Nos besamos como corresponde, moviendo nuestros labios en los del otro. Mi boca encajaba perfecto contra la suya. Parecía como si mi boca fuera creada para él. Me perdí en ese beso. Todo mi enojo anterior se esfumó. Lo único que quería era más y más. Pasé mis manos por su pelo negro azabache.

Mordió mi labio pidiéndome acceso a mi boca. La abrí y él metió su lengua moviéndola al compás de la mía. Hace mucho que no besaba pero me dejé llevar y seguí su paso. Cuando nos separamos respirábamos pesado. Nos miramos a los ojos. Me sonrió. Pero no era su típica sonrisa ladeada, la que yo tanto odiaba—amaba, no, era una sonrisa nueva. Una sonrisa completa. Miró detrás de mí y su sonrisa desapareció. Me miró, se separó de mí y dijo muy serio, su semblante totalmente cambiado:

—Lo siento. No tendría que haber hecho eso. No volverá a pasar.

Y se fue. Me dejó allí totalmente confusa. ¿Qué le pasó? Toqué mis labios, en donde habían estado los suyos minutos antes. Me di vuelta y me encontré con Nare mirándome enojada. Bajé la mano de mis labios.

—A mi habitación. Ahora— dijo y entró en su habitación.

No fui detrás de ella. ¿A ella vio Zachariah y por eso se fue así? ¿Nare vio nuestro beso? ¿Por qué estaba enojada?

Nare abrió la puerta de su habitación.

—¿Vienes o no?— preguntó.

—Sí— respondí y la seguí dentro.

Capítulo 7

Capítulo 7

¿Quién es Blue?

—Mira Lia...

—¿Nos viste?— interrumpo.

—Sí— supira y se levanta de dónde estaba sentada al lado mío en su cama. Empieza a caminar como un león enjaulado— Como decía; Lia, Zachariah no es la clase de chico que te conviene. ¿Cómo te explico?— se retuerce las manos— Mira, él es como uno de los personajes mujeriegos de los libros esos que tú lees. La diferencia es que esta es la vida real y como sabrás, la vida real es cruel.

—Nare, yo...

—No. Espera que termine. A Zachariah jamás lo vi con una sola mujer. Somos primos hermanos. Su padre es hermano del mío. Y él y su familia vivían lejos, pero mi tía al enfermarse de cáncer los hizo mudarse hacia aquí. Tienen el hospital más cerca— se tiró sobre el puff— Siempre lo vi con chicas diferentes, se folla a todas. ¿Recuerdas mi fiesta? Me enteré que estuvo con Dolores en el baño de arriba y luego se marchó con Marisa.

No entiendo por qué, pero sus palabras me duelen. Ese no es el Zachariah que besé.

—¿Do... Dolores? ¿Tu vecina?

—La misma. Y Marisa, la prima de Margaret.

Dolores. Ella era una perra. Siempre lo fue. ¿Pero Marisa? Ella pintaba agua de otro estanque.

—Lia, el punto es, que Zachariah no es un chico con ataduras. Tarde o temprano te lastimará y después de Dem...

—¡No lo nombres!— la corto.

—Lo siento.

—Nare a mi no me gusta Zachariah— dije mirando mis manos. Nare podía verme a los ojos y saber que dudaba. — Solo fue un beso. Un beso común y corriente como el que damos cuando salimos a bailar a alguien

desconocido.— la miro a los ojos— No significo nada — le miento y miro mis manos otra vez. Esa mentira dolió. Sí significo, y mucho. Pero tengo que creérmelo hasta yo misma. Nare tiene razón, Zachariah no me conviene.

—¿Segura?— me pregunta.

—Sí.

Supiró de alivio.

—Qué alivio. Creí que tendría que cortarle las pelotas a mi primo— se rió y la acompañé forzosamente. Nos miramos durante un rato mientras paramos de reír.

—Necesito unas galletas, me muero de hambre— dice y sale por la puerta de su habitación.

Me paro y me acerco a la puerta para seguirla, cuando escucho voces del otro lado.

—Solucionado. Ahora aléjate de ella Zachariah— dice Nare.

—Ella es diferente— contesta él entre dientes claramente enojado.

—Sí, claro.— se burla Nare— Ella lo es. Es especial, tiene un pasado difícil, lo superó y no quiero que tú lo jodas.

—Dame una oportunidad.

—No. Ya jodiste a una mejor amiga mía, no vas a joder a esta— el tono de voz de Nare es muy cruel y frío. ¿De quién habla?— Piensa en ella, por favor Zachy, tú no le convienes— dijo suavizando la voz.

Silencio.

—Trataré— susurra por fin Zachariah.

—De acuerdo.

Escuché pasos alejándose y supuse que serían de Zachariah, así que abrí la puerta. Pero no, no eran de Zachariah. Tras la puerta se encontraba Zachariah mirándome fijamente. Parecía triste.

—Yo...— comencé sin saber que decir.

—No. No hace falta— levantó una mano para interrumpirme— Si es por el beso no te preocupes, fue error mío. No volverá a pasar— cambió su cara

triste y sonrió— ¿Amigos?— preguntó extendiendo una mano. La tomé sin saber qué hacer.

—Amigos— dije confundida. Me guiñó un ojo y bajó por las escaleras. Lo seguí y me dirigí a la cocina. Nare estaba abriendo todas las puertas existentes de los muebles.

—¡Me muero de hambre y no hay una puta galleta!

Zachariah apareció por la puerta.

—¿Salimos por algo de comer?— propuso.

—¡Buena idea! ¡Todos al McDonalds!— gritó Nare feliz y se marchó en busca de las llaves de su auto.

Zachariah y yo nos quedamos solos en la cocina. Nos miramos en silencio mientras esperamos y para cortar el ambiente pregunté:

—¿Zachy, por qué?

Me mira sorprendido por la pregunta y responde:

—Nare, de niña me puso ese apodo y me quedó— sonrío al recuerdo— Pero para mis amigos soy Zacha.

—Zacha— sonrío.

—¿Listos?— pregunta Nare apareciendo con las llaves de su coche— ¿Vienes con nosotros Zachy?

—No, voy con Blue.

¿Con quién?

—¿Blue? ¿Quién es Blue?— pregunto mirándolo.

—¿Y a ti que te importa?— dice y se va riendo. Genial. Ya volvimos a ese Zachariah.

—¿Quién es Blue?— le pregunto a Nare cuando me siento en el lado de acompañante en su coche.

Se ríe.

—Eres imposible.

A medio camino el auto de Nare se detiene.

—Oh, no otra vez— gruñe golpeando el volante y saliendo del coche. La acompaño.

—¿Qué es?— le pregunto observándola revisar el motor.

—Ni idea. Esta vez sí que se jodió enserio— mira la calle de lado a lado— ¡Oh, mira! Es Zachy— grita de repente.

Miro en la misma dirección que ella y veo una moto acercarse. Zachariah se baja.

—Ya tuviste que romper a tu bebé otra vez primita— se burla.

—Já. Muy gracioso. Yo no lo rompí.

Zachariah saca su teléfono y marca un número.

—¿Grúa?... Sí, por favor anote la dirección— le dice la dirección exacta de dónde estamos y corta.

—Bien, tendremos que hacer dos viajes entonces— murmura Nare caminando otra vez como un león enjaulado. Siempre hace eso cuando piensa— ¡No! Ya sé... llamaré a Fran y le diré que venga...

Se interrumpe ella misma llamando por teléfono a Franco. Minutos más tarde llega con su moto negra y se detiene sin bajarse. Nare se acerca y lo saluda con un beso en la boca.

—Lia, tu ven con Fran y yo iré con Zachy.

La miro estupefacta y niego con la cabeza.

—No.

—Vamos Lia... que yo no muerdo— me dice Franco riendo. Él sabe muy bien por qué no quiero. No soy muy simpatizante con él. No después de ver llorar a mi mejor amiga, como una idiota, por él.

—He dicho que no— replico.

—Oye... si Lia no quiere... No la obligues. Yo puedo llevarla— propone Zachariah.

—Zachari...— me paro antes de decir su nombre al ver cómo me mira— Zacha. No hace falta... yo, me iré con él— digo finalmente. Si tenía que elegir entre ir con Franco o Zachariah, elegía a Franco. Estar abrazada

nuevamente a Zachariah no sería conveniente ahora.

—No. Tú no quieres irte con él. Ven conmigo y Blue.

Otra vez ese nombre. ¿Quién es Blue?

—No, no quiero incomodarte...

—No me incomodas— me corta.

—Bien. Solucionado. Yo me muero de hambre.— dice Nare montándose a la moto de su novio y alejándose dejándonos a Zacha y a mí solos.

La grúa vino segundos después llevándose el auto. Zacha y yo nos miramos.

—Bueno, manos a la obra— dijo finalmente subiéndose a su moto. Yo lo miré sin decir nada.

—Vamos, súbete a Blue— palmeó la parte trasera de su moto— No muerde— sonrió.

¿Blue era su...?

—¿Blue es tu moto? ¿Le pusiste nombre a tu moto?

Se ríe. Qué risa sexy que tiene.

—Sí. Súbete. Muero de hambre.

Me subo en la parte detrás de él y busco con las manos el caño del dónde debo agarrarme y me encuentro con... nada.

—No hay nada allí, debes agarrarte de mí— dice arrancando la moto.

Lo tomo por la cintura.

—No, así te caerás— me agarra las manos y las cruza delante de su pecho— Así.

Dicho eso arranca la moto y me aferro a él como una garrapata para no caerme. Hacía mucho tiempo que no me subía a una y me entró el pánico. Pero su calor y sentir a Zacha debajo de mí me tranquilizó hasta que llegamos a nuestro destino.

Entramos en el lugar y encontramos a Nare y Franco haciendo la cola para

pedir el pedido.

—¿Por qué tardaron tanto?— preguntó fulminando con la mirada a Zacha.

—Tu grúa vino para llevar a TU auto— contestó él sin inmutarse.

—Hey Zacha— dijo Franco golpeándolo con el codo y señalando hacia unas chicas que lo miraban y sonreían. Zachariah lo miró con el ceño fruncido y luego sonrió y se dirigió hacia allí. Comenzó a sonreírles a las chicas con esa sonrisa ladeada arrogante que él tenía, mientras ellas coqueteaban. Zachariah les hizo señas con las manos que lo esperaran un minuto y se acercó a dónde estábamos nosotros.

—Oigan...— se rascó la nuca— Tengo una cita. ¿Nos vemos en la casa Nare?

Nare lo miró, rodó los ojos y asintió.

Yo lo miraba con el ceño fruncido.

—El ceño fruncido no te queda bien en tu cara, araña pollito— dijo riéndose y frotando mi entrecejo. Le alejé la mano con un manotazo.

—Deja de llamarme así. Mi nombre es Lia. Y por cierto ¿Qué significa?— pregunté enojada.

Él solo se rió y se marchó con ese grupo de chicas por la puerta.

NOTA DE AUTORA: Entiendo lo que me han dicho en comentarios, sé que hay cosas que tengo que corregir y lo haré cuando tenga tiempo, tengo otras prioridades. Esta historia ya está terminada y en mis tiempos libres trataré de subirla toda acá. Esta historia vio la luz en Wattpad, y decidí ponerla por acá haber que opinaban de ella en este sitio. Gracias por leerla y por sus consejos también :)

Capítulo 8

Capítulo 8

Confundida

—Lia, ¿tú que pedirás?

—Nada— respondo mirando sin mirar hacia el frente.

—¿Cómo que nada?— grita mirándome enojada— Tú comerás. Y ahora.

—Nare, no me siento bien. Quiero irme— le digo con voz débil. Me mira y frunce el ceño.

—Está bien. Pediremos para llevar.

Hace el pedido y paga. Desde que se fue Zachariah no paré de pensar en él. Vino con su moto así que se llevó a las chicas en ella. Debieron estar abrazadas a él. Suspiré. Me dolía la cabeza ya de tanto pensar. Y el dolor de cabeza me producía dolor de panza.

—Listo. ¿Te vienes a casa?— pregunta Nare observándome. Si Zachariah se llevó a esas chicas, seguro se las llevó a la casa y no creo que se las haya llevado para charlar.

—No. No quiero ir a molestar si tu primo está... ya tu sabes con... esas.

Nare saca su teléfono y mira la hora.

—No lo creo, mamá y papá ya deben estar en casa.

—Oh, igual, no. Le digo a mamá que me venga a buscar.

Saco mi teléfono y veo que tengo cinco llamadas perdidas de mamá. La llamo, preocupada.

—¿Lia?— contesta con voz preocupada— ¿Estás bien? No atendiste el teléfono.

—Sí, estoy bien. Lo siento, no lo escuché.

Suspira de alivio.

—De acuerdo, creí que te había pasado algo. Te llamaba para decirte que

no estoy en casa, ¿podrías quedarte en lo de Nare?

Maldigo en voz baja.

—Mamá, ya estoy mayor, puedo quedarme en casa sola— le pido.

—No, de eso ni hablar— suspira de frustración— Mira Lia, ya hablamos de esto...

—Está bien— la corto.

—Bien cariño, no te enojés, pásala bien.

—Adiós.

Corto la llamada y me meto el teléfono en el bolsillo con furia.

—Hey, ¿Qué pasa?— pregunta Nare.

—Mi madre no está. Debo quedarme en tu casa. ¿No hay problema?

—No, no lo hay— se da vuelta para dirigirse a Franco— ¿Te vas? Lia y yo iremos en un taxi.

—De acuerdo, bebé— responde él y se despiden con un beso tierno— Te llamaré.

Nare asiente y llama un taxi. A los minutos llega y nos subimos.

—Oye... y ¿tú estás bien?— pregunta Nare después de unos minutos de silencio. Dejo de mirar por la ventana y la miro.

—Sí— suspiro— Estoy bien.

Me examina con la mirada y luego asiente. No decimos nada más hasta que llegamos a la casa. Entramos y solo se escucha una leve música a lo lejos. No hay nadie en la casa.

—¿Y tus padres?

—Ni idea, mamá ya debería estar cocinando y Giuli debería andar por aquí— deja la comida en la cocina y sube las escaleras. La sigo.—
¡¿Zachy?!— grita pero nadie responde. Termina de subir las escaleras y se para en frente de la habitación de Zachariah. La música procede de allí. Aporrea la puerta.

—¡ZACHARIAH URIEL PIERSON, ABRE LA MALDITA PUERTA!— grita Nare sobresaltándome. De repente se para la música y Zachariah abre la puerta

riendo y susurrando detrás de él antes de darse la vuelta y dirigirse a Nare.

—¿Qué sucede primita?— contesta él con un tono de voz burlón.

—¿Y mis padres?

—Oh, ellos llamaron y avisaron que no vendrían a comer... Cena de negocios.

Nare arquea las cejas.

—¿Cena de negocios? Y ¿Giuli?

—En lo de tu abuela.

—Ah, bueno. Que mis padres no estén no significa que puedas armar tu propia fiestecita aquí dentro.— lo regaña— Es mi casa. Saca a esas perras de aquí.

—¿Desde cuándo te molesta que haga esto?

—Desde que es mi casa el lugar.

Se mete en la habitación y cierra la puerta. Nare roda los ojos y me empuja hacia su habitación.

—Es un capullo— dice tirándose en la cama.

—¿Así es él verdad?— pregunto tratando de adivinar el comportamiento de Zacha. Primero es un auténtico estúpido, luego, se vuelve tierno y dice que necesita mis besos y más tarde vuelve a ser un auténtico estúpido que quiere ser mi amigo. No lo entiendo.

—Sip. Así es él. Ahora eres su amiga, te acostumbrarás.

Suspiro. Sí, así es Zachariah. Debía empezar a acostumbrarme.

—¿Puedo ducharme?

—Claro, usa el baño de abajo, allí hay toallas limpias.

—¿Me prestas ropa?— pregunto levantándome de la cama.

—Agarra lo que quieras— dice dándose la vuelta y quedando boca abajo. Me dirijo hacia su ropero y tomo una remera lisa de color rojo y un short

de algodón para dormir.

Salgo de la habitación y me fijo en que la de Zacha sigue saliendo música. Niego con la cabeza y bajo las escaleras. El baño se encuentra debajo de las escaleras. Entro, me saco los anteojos y los dejo en el lavabo, me desvisto y me ducho. Cuando termino de enjuagarme el cuerpo apago el agua. Cuando estoy por abrir la cortina para agarrar la toalla y secarme escucho que la puerta del baño se abre y se cierra. Tapo como puedo las partes íntimas de mi cuerpo.

—¿Nare?— pregunto con un hilo de voz.

—¿Lia?— pregunta la voz extrañada de Zachariah.

—Sí, soy yo. ¿Qué haces aquí? ¡¿No sabes tocar?!— contesto enojada. ¿Cómo se le ocurre entrar así a un baño?

—Bueno— se ríe— No sabía que abría alguien aquí. ¿Desde cuándo estás en la casa?

Ah bueno. Ahora no me registra.

—Zachariah estuve con Nare todo el tiempo. Estuve allí cuando discutieron por lo de tu fiestecita. ¿Acaso soy invisible?

Zachariah no responde y yo grito de frustración.

—¿Puedes irte así me visto?— le siseo.

—Oh... ¿Qué? Claro— contesta confundido y se marcha.

Rápidamente tomo la toalla y me la enrosco a mí alrededor. Me seco, me visto y desenredo mi pelo. Tomo mis anteojos y salgo del baño para encontrarme con Zachariah que está apoyado en la pared de enfrente.

—Oye... lo siento— dice separándose un poco y dando un paso hacia mí.

Lo miro de reojo.

—¿Lo sientes por no haberme notado antes, o por haber irrumpido en el baño?

Suspira.

—Ambas.

—Está bien— le digo y me dispongo a marcharme para subir por las

escaleras pero él me detiene poniéndose delante de mí.

—Lia, esto va a ser difícil, pero quiero que entre nosotros esté todo bien. Somos amigos— me mira esperando una respuesta.

—Sí, lo somos— trato de empujarlo para seguir mi camino pero él es como una roca— Apártate— le espeto. No sé por qué. Pero estoy enfadada con él.

—¿Está todo bien entre nosotros?— pregunta tomando mi barbilla así lo miro a los ojos.

—Sí— le digo con sinceridad perdiéndome en esos lagos verdes. Mi enojo no dura nada si lo miro a los ojos. Son hermosos— Estamos bien.

—Bien— sonrío y me besa en la frente.

—No puedo enojarme contigo— le gruño frunciendo el ceño.

—Es que soy irresistible— me da esa sonrisa típica de arrogante suya.

—Idiota— le digo y lo empujo para poder pasar. Lo escucho reír mientras subo las escaleras. Rodo los ojos y entro en la habitación de Nare, para encontrarla durmiendo en su cama con los paquetes de las hamburguesas que trajimos tirados en el piso. La empujo en el brazo para despertarla y decirle que no pienso limpiar su suciedad, pero ella sigue durmiendo. Es una marmota. Finalmente lo limpio y me acuesto como puedo a su lado (ya que ésta, está desparramada por toda la cama) y trato de dormir. Digo trato, porque mi mente no para de reproducir lo que hice todo el día. Fue un día largo. El beso, los cambios de humor de Zachariah, su concepto de nosotros como amigos... Todo eso fue agotador. No podía sacarme de la cabeza sus labios... Pero inmediatamente recordaba que para él seguro solo eran unos labios más que besó, nada importante. Y también recordé de su fiestecita en su cuarto. Odiaba a Zachariah en estos momentos. No podía saber lo que me sucedía a mí y todo era por su culpa. Confusa. Así me sentía.

Suspirando caí en un profundo sueño, donde soñé con labios y ojos verdes.

Capítulo 9

Capítulo 9

Mi pasado

A la mañana siguiente me desperté temprano. No quería encontrarme con nadie ni hablar con nadie y menos con él. Por lo que me levanté y me vestí con la ropa del día anterior. Nare dormía como un tronco y me iba a odiar por haberme ido sin hablar con ella. Pero necesitaba tiempo a solas. Para pensar.

Le dejé una nota en su mesita y salí de la habitación. Todo estaba en silencio. La puerta de Zachariah estaba cerrada. Seguí mi camino y bajé las escaleras. Estaba por abrir la puerta cuando la voz grave del padre de Nare me hace detenerme y dar un respingo.

—Buenos días, Lia.

Me doy la vuelta buscándolo con la mirada y lo encuentro sentado en un sofá del salón tomándose una taza de café.

—Buenos días, señor— contesto retrocediendo hacia la puerta— Yo ya me iba.

—Sí, eso ví.

—Bueno, em... me voy— digo y me marchó.

El papá de Nare siempre fue un hombre serio, pero desde que se enteró de lo que me ocurrió a mí años atrás digamos que no me ve como una buena amistad para su hija.

Llego a casa de mi madre y me doy cuenta de que está tía Elena al ver su coche fuera. Ellas siempre se levantan temprano, debían de ser como las 8 a.m. No puede parecer muy temprano, pero bueno, para mí si lo es.

Entro y una cosa peluda se acerca corriendo a recibirme. La tomo y la levanto acariciándola, pero es tan inquieta que la termino dejándola en el piso devuelta. Se trata de la perra de mi tía, Roseta, es un caniche toy blanco y es super inquieta. Yo la adoro. Sigo caminando con la perra detrás de mí y voy dejándola mis cosas tiradas por ahí. En la cocina encuentro a mi tía y a mi mamá tomando té.

—Hola, cariño—saluda mi madre alegre.

—Hola, mamá— la saludo acercándome y dándole un beso.

Voy hasta donde está mi tía Elena y la abrazo. Ella siempre huele a perfume de mujer fuerte. Es alta y tiene el pelo lacio y rubio natural. Con sus ojos celestes cualquiera diría que es alemana.

—Mi niña, que grande estás— dice ella siempre exagerando.

—Pero tía, si nos hemos visto el otro día— río.

—No importa, déjame que te vea— me separa de ella y me examina. Frunce el ceño— Te ves débil. ¿Cuándo fue la última vez que has comido?

No otra vez. La última vez que comí fue ayer por el mediodía. Pero mi tía no tendría que saber eso.

—Ya comeré algo.

—Al fin tú por aquí, eh.— dice la voz de Nicolas sobresáltandome a mis espaldas. Me doy vuelta.

—Oh, Nicolas, lo siento por lo del otro día. Ocurrió algo y...

—Tranquila— me corta y sonrío.—Todo esta bien.

Suspiro.

—Nicolas, hijo, ¿por qué no la llevas a Lía a por algo de desayunar? Creo que aún no ha comido nada.

—Oh tía, ya tomaré algo— resongo— No hace falta.

—Vamos Lia, depaso pasamos tiempo juntos, tenemos que ponernos al tanto.

Resoplo y me rindo. Nicolas fue un gran amigo para mí y quería recuperarlo. Si en todos estos años no lo vi fue por todo lo que me sucedió en el pasado.

—De acuerdo.

Media hora despues estábamos el coche de su madre yendo a una cafetería. Le pedí que me esperara un tiempo así me duchaba y cambiaba. Estabamos callados cada uno en sus pensamientos. Nicolas suspiró y me miró.

—Lia éramos mejores amigos, no nos vemos hace años ¿qué te pasó?

Porque por mi parte yo sí que llamé.

Supiré y golpeé mi cabeza contra el asiento.

—¿No sabes nada?— pregunté.

Nego con la cabeza.

—Le pregunté a mi madre pero ella solo dijo que tú tendrías que contarme. No ella.

Demonios. Hubiera sido más fácil si mi tía se lo decía.

—De acuerdo, pero es largo, así que mejor comamos primero.

Asintió y pocas calles después aparcó en frente de una cafetería. Nos sentamos del lado de la ventana y pedimos nuestras órdenes. Yo pedí un submarino y medialunas, Nicolas pidió café y una porción de tarta de manzana.

—¿Sigue sin gustarte la leche?— pregunté levantando una ceja hacia él.

Hizo una mueca de asco.

—No—me reí.

—Bueno, dime, ¿qué es lo que ocultas?— preguntó serio.

—¿No sabes nada? Dime que algo sabes, por lo menos de mi padre. Ahórrame algo, Nicolas— rogué.

—Sé algo de tu padre... — hizo una mueca como si estuviera recordando. Extrañaba sus muecas— Bueno, sé que él y tu madre se separaron, pero no sé el motivo.

La ilusión de no tener que contarle esa parte cayó sobre mis pies. Estaba por contestar pero la camarera vino con nuestros pedidos.

—Bueno, mi padre... él tenía problemas— comencé y revolví mi submarino con la cuchara así el chocolate se disolvía en la leche más rápido— Perdió su trabajo y se vino abajo. Trataba mal a mi madre y a mí— miraba la taza constantemente así no tenía que mirarlo. Así era más fácil de contar.

—Me cambiaron de escuela, a una pública. Sabes que yo tenía sobrepeso y sufrí bullying. Me burlaban por todo, hasta por mis anteojos. Mi padre hacía lo mismo, empezó a beber y a lo único que se dedicaba era a beber e insultarnos a mí a mi madre— Nicolas no dijo nada hasta el momento por lo que lo miré por temor a se halla marchado y estar hablando sola.

Pero no, estaba allí. Mirándome estupefacto. Miré devuelta la taza.

—Eso y todo lo demás influyó mucho en mí y dejé de comer. Tuve eso a los que los médicos llaman anorexia. Así adelgacé y me enfermé. Me desmayaba cada dos por tres. Conocí a alguien. Me enamoré y creí que todo era color de rosa. Mi padre cada vez nos insultaba más y hasta creo que llegó a golpear a mi madre— cierro los ojos para no llorar. Este es el pasado del que no quiero hablar. Pero Nicolas fue mi mejor amigo y debía saber lo que pasó cuando no estuvo. Él es la única persona a la que hablaría una vez más de esto. Nadie más.

—Este chico... me dejó. No pudo conmigo y me dejó. Fue demasiado para mí y ese día mi padre dijo algo que no tendría que haber dicho— apreté los dientes— Por lo que tomé una de sus botellas de whisky sin que se entere y me encerré en mi habitación. Bebí y lo mezclé con las pastillas tranquilizantes de mi madre. Terminé en el hospital. Casi me mato. Pero recién allí obtuvimos ayuda. Yo estuve internada recuperándome de mi enfermedad, y mi madre tuvo el valor de separarse de mi padre y nunca lo volvimos a ver. Hace dos años que somos felices. Fin de la historia.

No pasaron ni cinco segundos antes de que Nicolas estuviera a mi lado y me abrazara.

—Lo lamento— susurró— Lamento haberme ido a vivir al otro lado del país y no haber estado allí— me apretó más contra sí y yo lo agradecí. Lo necesitaba. Nicolas no estuvo allí en los momentos difíciles, pero lo estaba ahora.

—Lamento haber sido cobarde y no poder aceptar que mi madre rehacía su vida y marcharme. Por Dios, Lia, dime que no pasaste todo eso sola—dijo una vez se separo de mí.

—No,— negué con la cabeza— no estuve sola. Si bien la escuela esa fue la peor de mi vida al principio, había hecho dos amigas. Margaret y Nare, ya las conocerás— y ahora se preguntan como Nare, una chica con tanto dinero va a una escuela pública. Bueno, ella odiaba las privadas. Muchas nenas de papá.

—De acuerdo. Antes me fuí, pero no volveré a irme Lia, lo juro— prometió él me dió un beso en la frente y se deslizó denuevo en su asiento.

—Bueno, eso fue fuerte— dijo mirándome. Asentí.

—Bueno, cuentame tú.

Seguimos hablando y tomándo nuestro desayuno mientras él me contaba de su vida. Vivió con su padre, solos los dos un tiempo hasta que él se volvió a casar y tuvo otro hermano. La misma situación que su madre. Por

lo que decidió dejar de estar enojado y volver a su lugar. Es un tonto.

—¿Así que te quedarás? — pregunté una vez que terminó.

—Sí, eso planeo. Ya terminé la secundaria y me gustaría empezar la universidad aquí. ¿Tú sigues yendo verdad?

—Sí— resoplo— No me lo recuerdes.

—Pero es tu último año. Sonríe— le doy esa sonrisa que pide pero rápidamente se disuelve de mi cara al ver a Zachariah entrando en la cafetería con quién creo que es su padre, porque, demonios que se parecen. Es como un Zachariah mayor. Ya veo de dónde saco Zachariah sus músculos.

Veo que se sientan al fondo del lugar y piden su café.

—¿Qué miras?— pregunta Nicolas sacándome de mis pensamientos.

—Yo... nada.— lo miro— ¿En qué estábamos? Ah, sí, la secundaria...

Trato de enfocarme en hablar con Nicolas pero mi mirada va una y otra vez a Zachariah al fondo del lugar. Él no puede verme, pero yo sí a él. Discute con su padre.

—Es último año Lia. ¿Pensaste buscar trabajo?

—Sí, tenía pensado en algo fácil, como camarera...

—Bingo. Mira, aquí necesitan una camarera. ¿No es muy difícil servir cafés no?

Me giro en mi asiento y lo miro.

—¿En serio? ¿Aquí? Genial. Pero solo los fines de semana trabajaría.

—Mira— me dice señalando al fondo del lugar— Allí está la oficina, ve a hablar.

Miro dónde el señala y veo que la puerta está al lado de la mesa de Zachariah. Demonios. Pero necesitaba este trabajo, era mi oportunidad. Me levanté y dije:

—Iré hablar. Tú esperame aquí.

Me di la vuelta y empecé a caminar hacia la oficina. A pasos de llegar escuché que Zachariah le decía a su padre:

—Entiendo a mamá. Pero no pienso volver si ella sigue allí.

—No puedo despedirla— gruñe su padre con un vozarrón que da miedo.

—No es mi problema. Yo, si engañaría a mi esposa, por lo menos usaría preservativo antes de dejar embarazada a otra mujer.

Zachariah al ver algo que se acercaba levantó la mirada y se quedó piedra al verme. Le dí una tímida sonrisa de aliento y toqué la puerta de la oficina.

—Amo a tu madre, pero es un hijo mío y no puedo dejar sin trabajo a su madre.

—Es cocinera. Conseguiré otro. Y si amaras a mamá no te hubieras acostado con otra— siseó Zachariah en respuesta.

Antes de que abrieran la puerta y me dejaran pasar logré escuchar:

—Las mujeres son un placer. Vi como mirabas a esa chica, no me digas que tú no disfrutas con ellas. Yo sé que llevabas a casa siempre una diferente. Las mujeres para los hombres son una tentación difícil de ignorar.

Capítulo 10

Capítulo 10

¡No lo nombres!

—¿Estás aquí por el trabajo de camarera?— preguntó un gordo señor y calvo detrás del escritorio.

—Sí— respondí mirando a mi alrededor. La oficina era chica, pero acogedora.

—Bueno, señorita, ¿cuántos años tiene?— preguntó amablemente. No parecía de esos jefes pesados y malhumorados. Era un señor de alrededor de unos cincuenta años, pansón, y sin pelo. Se parecía a Curly de los tres chiflados.

—Em... bueno, yo tengo diecisiete. Pero estoy en último año de secundaria... me preguntaba si tendrían un trabajo disponible los fines de semana— estaba nerviosa. No entendía por qué.

—Bueno, los fines de semana...— se tocó la barbilla pensando— Sí, podría ser. De todas formas por tu edad debo consultarlo con el dueño. Siempre hemos contratado chicas mayores de edad, pero por un año no creo que alla problema— dicho eso tomó el tubo del telefono que tenía en su escritorio y marcó un número.—Señor, quería hacerle una consulta... Ah, está aquí, bueno, sí, pase, pase— colgó.

En ese instante se abrió la puerta de la oficina y el padre de Zachariah entró. Rápidamente el señor —mi próximo jefe— se levantó y lo saludó.

—Esta señorita— dijo señalándome— quiere el puesto de los fines de semana. Pero tiene diecisiete. Ahí el problema.

—Arthur, ¿cuántos meses le faltan para cumplir los dieciocho?— preguntó el padre de Zachariah mirándome fijamente como si supiera quien soy.

—¿Cuándo cumples dieciocho, chica?— dijo Arthur, ahora sabía el nombre de mi jefe, girándose para mirarme.

—En tres meses— susurré.

—Entonces no hay problema. Has los papeles, Arthur— se giró hacia mí y me miró con una mirada gélida. Tenía ojos verdes como los de Zachariah, pero éstos eran fríos. Nada hermosos como los de Zacha.— Bienvenida al

trabajo.

Asentí en agradecimiento. Él padre de Zachariah se fué y yo me quedé allí sin saber que decir. O sea, que el padre de Zachariah era dueño de esta cafetería y mi jefe máximo. Increíble.

—¿Nombre?— preguntó Arthur sentado en su sitio con un bolígrafo y papeles en la mano.

—Lia Ramirez.

Seguimos completando datos unos minutos más y finalmente me dejó marchar diciendo:

—El sábado empiezas. Ven temprano. Pamela, la otra camarera, te entrenará.

Asentí y salí de la oficina. Zachariah ya no estaba con su padre en la última mesa. Ahora había una linda pareja de enamorados que no conocía. Seguí mi camino hasta mi mesa para encontrarme con Nicolas.

—¡Al fin, chica! Ya me estaba durmiendo— bromeó— ¿Te contrataron?

—Sí— sonreí— Gracias, no lo habría hecho sin ti.

—Claro que sí. Escucha, mamá llamo y dijo que quiere su auto devuelta a sí que debemos volver...

—Claro, no hay problema. Vamos.

Salí de la cafetería y miré el cartel que anunciaba su nombre. "Coffees Pierson" claro, ¿cómo fui tan estúpida de no haberme dado cuenta? Vivo a solo unas cuantas cuadras de aquí y nunca presté atención a que el nombre de la cafetería era el mismo apellido que el de mi mejor amiga. Genial.

Nos montamos en el coche y partimos devuelta a casa.

—Tengo que llevar a tu hermana a un cumpleaños, lo había olvidado, chicos— dice tía Elena corriendo hacia nosotros apenas llegamos y nos bajamos del coche.— Debo recoger a Mel en lo de tu abuela, Nico. Nos vemos después.

Nos tiró un beso a ambos y se marchó. Entramos en la casa y vimos a mamá limpiar las heces de Roseta.

—Ay tu madre... Me deja a su perra y se marcha— se queja mamá.

Nicolas ríe.

—Lamento eso. Tengo cosas que hacer, ahora me la llevo a casa— dijo él y tomo a Roseta del suelo. La perra empezó a lamer su cara tan rápidamente en cuanto la levantó.

—¿Ya te marchas?— pregunté extrañada. Pensé que pasaríamos el día juntos.

—Sí, yo... debo hacer cosas— murmuró y salió por la puerta principal. Escuché que gritó un: ¡Te llamare! mientras se iba.

—¿Qué bicho le picó? ¿Está todo bien entre ustedes?— pregunta mamá sin entender nada.

—Sí, está bien. Le conté lo que paso.

—Oh. Y... ¿Él se lo tomó bien? ¿No dijo nada...?

—No. Solo me abrazó y dijo que estaría para mí ahora— mamá me dió una leve sonrisa.

—Me alegra que las cosas entre ustedes vuelvan a ser lo que eran... Está muy lindo ¿verdad?— dijo ella levantando las cejas.

—No empieces mamá. Nicolas es un amigo y siempre lo será.

—Pero cariño...

—No. No te pongas pesada, por favor. No quiero hablar más del tema— murmuré y me marché fuera de la casa. Si me quedaba mi mamá empezaría un discurso que no quería escuchar otra vez.

—¿A dónde vas?— gritó antes de que mis pies tocaran el suelo de la calle.

—A lo de Nare— grité en respuesta.

Caminé hasta su casa. Toqué timbre.

—¿Quién es?— preguntó la voz molesta de Zachariah.

—Zachariah, soy yo Lia.

—¿Tú otra vez? Chica, eres una plaga.

—No jodas, ábreme la puerta.

Escuché el pequeño sumbido que hacia la reja al abrirse y empujándola entré. Al entrar en la casa vi a Zachariah sentado en unos de los sofás de la sala mirando la televisión que se encontraba allí y tomando una cerveza.

—¿Qué haces aquí? ¿No te divertías con tu amiguito?— me preguntó molesto. Este lado de Zachariah no me gustaba para nada.

—¿Ahora me vigilas?— pregunté en respuesta. Yo también hice lo mismo pero eso no iba a reconocerlo nunca. Me quedé mirándolo fijamente. Él no me miraba. Tenía la vista fija en la televisión.

—No te vigilaba. Te ví y creo que escuchaste algo que no deberías haber escuchado.

—Yo...— ¿Qué le decía ahora? Sí, escuche tu conversación con tu padre. No. No le diría eso.

—No. No voy a hablar del tema. Sólo quiero que guardes el secreto. Ese es el por qué del cual estoy aquí— por fin despegó su mirada de la televisión y me miró— No quiero que esta familia se entere de la porquería que es mi padre. Toda mi vida vi como le era infiel a mi madre. Pero ésta vez se pasó y más con mi madre en su estado. Ella nunca se enteró— me miró con ojos tristes. Dios, quería sacar esa tristeza de él— Volveré. Lo haré, trataré de no matarlo en el intento, pero trataré de volver. Sólo quiero pedirte un favor. ¿Puedes acompañarme a ver a mi madre?

—¿Qué?— susurré. Lo miré incrédula.

—Sé que no debo pedirte esto. Es un tema de familia y nos conocemos hace días pero...—suspiró.—Eres la única que sabe sobre esto y necesito que me acompañes a ver a mamá mañana. Por favor, Lia, necesito un amigo. No te lo pediría si en verdad lo necesitaría. Sólo no le digas a Nare.

—Yo...— ¿Lo acompaño? Dios, me suplicaba con la mirada. ¿Cómo decirle que no?— Estaré allí para ti. ¿Para qué están los amigos?— sonreí. Se levantó y me dió una sonrisa. Su humor había cambiado. Ya no estaba molesto. Caminó hacia a mí.

—Gracias— dijo y me abrazó— No sabes lo que significa para mí— murmuró en mi oído. Su aliento me rozó la parte posterior de mi oreja y las piernas se me debilitaron. Como pude me separé de él y traté de parecer normal. Sonreí.

—Debo ir a ver a Nare— tomé aire profundamente y sin decir nada me dí la vuelta y corrí escaleras arriba. Al llegar al último escalón solté el aire y

me apoyé en la pared. Esto debía parar. Tenía que dejar de afectarme su toque de esta manera. Nos conocíamos hace cuatro días. Nada. No podía ser posible que su toque me hiciera sentir así. Pero lo hacía. Eso debía cambiar, íbamos a ser amigos. Y aparte él no me convenía. Resoplé y fui hacia la habitación de Nare. Se escuchaba música desde fuera. Entré sin tocar. La música sonaba fuertísimo. Cerré la puerta detrás de mi.

Nare estaba sentada en su escritorio con la portátil, navegando por internet. Le toqué el hombro. Nare se sobresaltó y luego sonrió. Le bajo a la música.

—Casi me dejas sorda— le digo. Y me siento en el puff.

—Lo siento— ríe.— ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo noticias. Nicolas lo sabe todo.

Nare me mira y levanta las cejas.

—¿Tu amigo de la infancia? ¿Ese que es como tu primo?

—Sí.

—¿Volvió?

—Si.

—Oh, genial— sonrío— ¿Es lindo? ¿Te gusta?

—Nare no seas como mi madre. Por Dios, es casi mi primo. Sí volvió y para quedarse. Estoy feliz de encontrar a mi mejor amigo devuelta.

—Já ¿y yo qué?— me fulminó con la mirada.

—Tú eres mi mejor amiga. Él mi mejor amigo.

—Entonces... ¿hay chispa? ¿está diferente?— ahora yo la fulminé con la mirada.

—Nare, es como mi PRIMO. Sí está diferente, ahora está más musculoso.

—Mmmmm, sexy— gruñó ella sensualmente. Tomé un cojín que estaba en el suelo al lado mío y se lo tiré.

—Eres una idiota— se carcajeó y me lo tiró devuelta.

—Entonces... ¿te gusta?

—Hay Nare por Dios... ¡Es casi mi primo!— le grito ya harta de que siga con eso.

—Pero no lo es. ¿Gusta de ti?

—Nare él no gusta de mí. Y no, no me gusta. No me gusta nadie.

—¿Cuándo dejarás a tu corazón enamorarte o simplemente sentir cosas por alguien? Él parece un buen chico...

—No estoy lista— susurro. Nare suspira y me mira— Y él no es una opción. Es mi primo. Punto.

—Lia, sé que puede que no estés lista. Dem...

—¡Joder, te dije que no lo nombres nunca más!— la corto ya furiosa. ¿Acaso hoy todos estaban de casamenteros para mí? Qué molestos— Por favor Nare no quiero hablar del tema...— susurré cerrando los ojos.

—Lia debes dejar de hacer esto. Deja de cerrarte. Tienes que afrontar las cosas de una vez. Dejé que me callaras antes pero ya no. Ya pasaron dos años. DEMIAN fué un estúpido. Tú fuiste una víctima de sus engaños. No te supo valorar. Ya. Superaste muchas cosas, tienes que superar esto— abrí los ojos. Nare me suplicaba con la mirada que me abra y que deje ir mi pasado pero no podía. Odiaba estas charlas. No dije nada y Nare se levantó.

—Me iré a bañar. Cuando seas lo suficientemente madura como para hablar de esto, vienes a hablarme si no, ni te molestes— cerró la puerta del baño detrás de ella y metí mi cabeza entre mis manos. Joder, no era la primera vez que hacía eso. Era la única manera que hacía que yo le hablara las cosas. Me conocía muy bien y sabía que tarde o temprano caería y hablaría. Pero todavía no. Me levanté y me aproximé hacia la puerta de su habitación. Tomé la manija. No sabía si irme o no. Suspire. Solté la manija y me di la vuelta. Me senté en su cama y cerré los ojos.

Tenía que hablar de esto de una vez. Ya pasaron dos años. Así que me quedé y la esperé.

Capítulo 11

Capítulo 11

Ojos rojos e hinchados

—Oh. Te quedaste. Creí que te irías— dijo Nare al salir del baño. Me miraba sorprendida. Se ajustó la toalla alrededor y tomó ropa de su armario. —Espérame aquí.

Dijo eso y volvió al baño. Yo ya empezaba arrepentirme de haberme quedado. Regresó y se sentó en el puff mirandome como si esperara a que diga algo. No dije nada y nos miramos en silencio. Finalmente suspiró y dijo:

—Nunca me contaste lo que realmente pasó. Te volvías toda loca, bueno te sigues volviendo toda loca cuando quiero tocar el tema. No sé lo que fue que te hizo ese estúpido, pero quiero que me lo cuentes, así lo superas y pasas a otra página.

Cerré los ojos con fuerza. Este tema hacía doler mi cabeza.

—Tú sabes que él... era mala compañía—empiezo. Abrí los ojos. Nare asiente.—Estube con él en muchas de sus fiestas, tomábamos y nos divertíamos. Nunca me dijo que me amaba. Yo tampoco lo necesite, yo realmente creí... creí que lo hacia— tragué duro. —Yo le contaba a él todas mis mierdas, todo lo que pasaba de la puerta para adentro en mi casa. ¿Recuerdas que un día me escapé y huí a su casa? Él vivía solo— otro asentimiento de su parte— Nos emborrachamos y él quiso sobrepasarse conmigo...

Nare ahogó un grito y se levantó furiosa del puff.

—¿Te hizo algo malo? ¿Te tocó sin que tú quisieras? Lia no puedo creer que hayas ocultado esto a mí, a todos. Tendrías que haber dicho algo, tendrías...

—Para— la interrumpo.— No he terminado. No. Él no me hizo nada. Estábamos borrachos. Nos estábamos besando y él había acariciado mi pecho pero yo lo había dejado pasar... las cosas se calentaron un poco, pero por mi enfermedad yo... Tú sabes muy bien que no puedo mirarme en el espejo muy bien todavía. No quería que él me viera, por lo que retrocedí y le dije que no. Se enojó y empezó a gritarme cosas, como que ya no me soportaba, no aguantaba mis problemas, mi padre y mi resistencia a tener sexo. No era la primera vez que esto pasaba— negué con la cabeza. — Se marchó dejándome sola en su casa y yo sin saber que hacer seguí bebiendo y me quedé dormida en el sofá. Me desperté por

un ruido y era él entrando con una rubia ardiente. Me había mirado y me mantuvo la puerta abierta mientras decía: "Vete. Ya no te necesito. Ella satisfecerá mis necesidades"— lo último salió con un sollozo. Tape mi cara con mis manos. Sentí los brazos de Nare abrazarme. Me saqué las gafas y sequé mi cara con mis manos.

—Le grité. Le dije que creí que él me amaba y él solo se rió. Me dijo que era una loca que necesitaba arreglar mis problemas y me echó de su casa. Volví a la mía y el resto te lo sabes— susurré. Sentía como las lágrimas corrían por mi rostro. Demian me había desechado ese día. Había tomado mi corazón y lo había triturado. Nare me abrazó fuertemente y lloré en su hombro como hace mucho tiempo no hacía. En mis días oscuros me alejé de ella, pero a pesar de todo ella siguió allí para mí. Sonreí tristemente abrazándola fuerte.

Estubimos así bastante tiempo. Al final nos separamos y ella trajo un pañuelo para mí.

—Es hora de almorzar. ¿Te quedas?— asentí. Había llorado y seguramente mis ojos estarían rojos. No tenía ganas de darle explicaciones a mi madre. Peor aún después de como me fui.

—Le diré a mamá que ponga otro plato— se levantó y se dirigió a la puerta— Lávate el rostro si quieres, te esperaré abajo— me dió una sonrisa de aliento y se fue.

Ella era una buena amiga y yo la amaba por eso. No sé que haría sin ella. Me levanté de la cama y fui al baño. Me lave la cara y me miré en el espejo. No había caso. Mis ojos estaban rojos y mi nariz también. Era obvio que había estado llorando. Yo tenía la tez muy pálida y lo rojo me resaltaba mucho. Lo mismo si me ruborizaba. Aunque eso nunca pasaba. Volví a ponerme las gafas. Suspiré y salí del baño y de la habitación para bajar las escaleras. Me encontré a Giuli en el pasillo. Me miró y frunció el ceño.

—¿Estuviste llorando?— preguntó con su voz de niña. Le sonreí.

—No, pequeña traviesa— se cruzó de brazos.

—No te creo.

—¿Y a mí qué?— forcé una risa.— Vamos, muero de hambre.

Ella al final se rió y bajó las escaleras corriendo. Negué con la cabeza y la seguí. En el comedor Giuli ayudaba a Silvina a poner la mesa. La saludé y ella estuvo a punto de preguntar por qué mis ojos estaban rojos pero negué con la cabeza y entendió. No dijo nada. Busqué a Nare con la mirada y la vi en la puerta de la cocina hablando con su padre. Decidí no

meterme y ofrecí ayuda a Silvi con la comida pero ella dijo que ya estaba todo.

Zachariah estaba entrando en el comedor con una sonrisa y aire divertido cuando me vio. Su sonrisa se congeló y rápidamente se desvaneció. En dos zancadas estuvo frente a mí. Me tomó del brazo y me llevó hacia el pasillo que va hacia el otro baño de la casa. Cuando estuvimos lejos de todos me tomó la barbilla con una mano y la alzó para que lo mirara a los ojos.

—Has llorado— no era una pregunta. Más bien una afirmación. No dije nada. Solo lo miré a los ojos.

—¿Por qué has llorado?— parecía preocupado. Solté mi barbilla de su agarre y miré su pecho.

—No es de tu incumbencia— le susurré. Él maldijo.

—Demonios si no sé que no es de mi incumbencia, pero si no me dices lo provocaron tus lágrimas me volveré loco— sus palabras calaron en mi piel. No respondí y me tomó en sus brazos y me abrazó. —Nada, ni nadie merecen tus lágrimas— murmuró en mi pelo. Dios, que bien se sentía estar así. Entre sus brazos. Me separé y me recordé que no debía sentirme así. Él era mi amigo y nos conocíamos hace cuatro días. Él no debería preocuparse por mí así y yo no debería sentir que entre sus brazos estaba segura. Esto debía parar.

—¿Lia?— preguntó Nare. Su voz venía desde la entrada al pasillo. Me di la vuelta y fui hacia ella sin decir nada. No miré atrás para ver el rostro de Zachariah.

—¡Ah! Aquí estás, creí que te habías ido— me pasó un brazo por los hombros y me llevó hacia la mesa. Ya estaban todos sentados. Silvina no me sacaba la mirada de encima. Seguro se estaría preguntando por qué el comportamiento de Zachariah antes. Me senté al lado de Nare. Zachariah apareció minutos después con el ceño fruncido y un semblante enojado en su rostro. No me miró ni una vez en todo el almuerzo. Luego de comer, ayudámos a levantar la mesa y yo me dirigí hacia el baño.

Quería ver si mi cara seguía roja, así podría irme a mi casa y mi madre no preguntaría nada. Me miré en el espejo y vi que mis ojos ya no estaban tan rojos y mi nariz ya estaba normal. Podía irme a casa.

Salí del baño y fui decirle a Nare que me iba.

—¿Ya te vas?— preguntó— No hemos terminado de hablar... Yo quería

decirte algunas cosas...

—No me siento de ánimo... Por favor Nare... solo quiero hundirme en un buen libro y dormir.

Suspiró y negó con la cabeza.

—De acuerdo. Llámame si necesitas algo—asentí.

Me fui de la casa saludando a los que ví. Zachariah no estaba.

Cuando llegué a casa no había nadie allí. Suspiré de alivio. No tendría que discutir y arreglar las cosas con mi madre. Ella seguramente estaría con Robert, o tía Elena. Ni idea. Estaba en sus vacaciones y casi nunca estaba en casa. Mi madre era médica, dentista precisamente. Doctora Sylvia Green. Sí.

Miré la hora y vi que eran las dos de la tarde. Temprano. Subí a mi habitación y tomé mi libro. Decidí pasar mi día leyendo. No quería pensar. Ahora solo quería saber que pasaría con este multimillonario y su sumisa.

Al otro día mi madre me despertó entrando en mi habitación y besándome en la mejilla. Segundos después sentí como me quitaba el libro de las manos y la cama se hundía. Me había quedado dormida leyendo y no había cenado. Me obligué a abrir los ojos porque mi madre estaba sentada en mi cama y seguro que quería hablar conmigo.

—Buen día— me dijo dándome una sonrisa. Me senté en la cama y acomodé mis gafas.

—Hola— la saludé. Suspiró cansadamente.

—Lia, de verdad lo siento, sé cuando me pongo pesada... pero es un tema que no has hablado con nadie y yo quiero que dejes sanar tu corazón y abrirlo a alguien más— la dejé hablar durante minutos diciendo lo mismo una y otra vez porque si no, me interrumpiría y comenzaríamos una discusión innecesaria.

—Lo hablé con Nare. Pero mamá, Nicolas es mi amigo, jamás sentiré por él otras cosas.

—De acuerdo— me besó en la mejilla. Ese "de acuerdo" no me convencía. La conocía bien y sabía que tarde o temprano seguiría intentando con lo

mismo.— Baja a desayunar.

Miré como cerraba la puerta de mi habitación y suspiré. Miré mi cuerpo y me di cuenta que tenía la misma ropa del día anterior. Tomé ropa limpia y me dirigí hacia el baño para darme una ducha. Bajo la lluvia recordé que hoy tenía que acompañar a Zachariah a su casa, pero no habíamos acordado nada en específico. No sabía a que hora tendría que ir o algo. Terminé de bañarme y me vestí. Hoy el día estaba caluroso y pesado, parecía que iba a llover. Había elegido un vestido sencillo para ponerme; floreado y sin mangas. Se ajustaba a mi cintura y me llegaba por arriba de las rodillas. Debajo llevaría un short. Ni soñando lo usaría solo. Me puse mis sandalias bajas y bajé a desayunar.

Estaba a la mitad de mi café con leche, cuando sonó el timbre. Miré a mi mamá que estaba mirando su telenovela de las mañanas, preguntándole con la mirada si esperaba a alguien pero ella se encongió de hombros. Así que tomándola la tostada que estaba comiendo me dirigí hacia la puerta. Miré por la mirilla y me quedé helada. Zachariah estaba aquí. ¿Cómo demonios sabía la dirección de mi casa? Dado que no le preguntaría a Nare, supongo. Abrí la puerta.

—Hola— dijo con una sonrisa cuando me vio. Estaba parado de una manera toda sexy que él tenía. Sus manos en sus bolsillos y su cabeza inclinada hacia un lado. Hoy estaba vestido con un simple pantalon de jean, y llevaba una remera sin mangas. Sus brazos estaban completamente a la vista. Sus biceps bien marcados hacían mi boca agua. Aparté la mirada de ellos.

—Hola— dije cuándo pude encontrar mi voz.—¿Cómo sabes dónde vivo?— dije elevando una ceja hacia él.

Se rió. No encontraba nada gracioso en esa pregunta. Mordí mi tostada, mientras esperaba una respuesta suya.

—Dado que empezarás a trabajar en la cafetería de mi padre, tengo acceso a algunos datos tuyos. Por cierto, empiezas mañana, a las 7.

—Ah— fue lo único que pude decir.

—¿Estás lista?

—Espera un segundo— le respondí y cerré la puerta delante de él. Eso fue de mala educación pero... no me importaba. Volví a la cocina para encontrarme a mi mamá con una mirada pícara en sus ojos.

—¿Quién es él?

—Él primo de Nare. Olvidé que debía acompañarlo a algo— mentí. Abrió la boca para decir algo pero la interrumpí— Somos amigos.

Dejé lo que quedaba de mi tostada y corrí escaleras arriba. Tomé mi cartera y mi celular. Bajé y salí de la casa para encontrarme a Zachariah apoyado en su moto con los brazos cruzados. Sonreí mientras iba hacia él. Me paré enfrente. Él me miró de arriba a abajo examinando mi ropa y luego levantó una ceja hacia mí.

—¿Así vendrás? Irémos en Blue y no creo que con ese vestido te sientas cómoda— sonreí pícaramente y tomé el dobladillo de mi vestido levantándolo. Zachariah abrió los ojos de par en par, pero luego se echó a reír al ver el short de lunares que tenía debajo.

—¿Usas un short debajo de un vestido?— negó con la cabeza— Eres increíble— estiró los brazos y me tomó de las caderas para acercarme a él y darme un beso en la frente.

Se subió a su moto y palmeó el asiento.

—Súbete. Y agárrate bien, como te enseñé.

Sonreí e hice lo que me dijo y me subí detrás de él.

Capítulo 12

Capítulo 12

¿O qué?

La casa de Zachariah era agradable. Era tan grande como la de Nare o más, pero no tenía ese aire moderno. La casa tenía una verja baja de madera y había un caminito de piedra por el cual llegabas a la entrada.

—¿Agradable, verdad?— preguntó Zachariah arrastrando su moto hasta el garaje de la casa.

—Sí, es bonita.

—Ven, entremos—se dirigió a la puerta y estuvo a punto de abrirla cuando se detuvo— ¿No tienes sed, ni nada verdad?

Negué con la cabeza. —No, estoy bien.

Soltó un suspiro de alivio y abrió la puerta. —Entra.

Entré y el interior de la casa era tan rústica y bonita como el exterior. A mi derecha estaba la sala de estar con sofás y una mesita ratona. Había un hogar también, a leña.

—¿Mamá?— gritó Zachariah.

—¿Zachariah? Hijo estás en casa— respondió alegremente una voz de mujer que venía de mi izquierda. Giré la cabeza y vi a una mujer no muy alta de unos cincuenta años, entrar en el vestíbulo. Llevaba un pañuelo en la cabeza y se veía débil, pero estable. Era bellísima y sonreía. Tenía la sonrisa de Zacha. La verdadera. La completa.

Zachariah la vio y se apresuró a su encuentro. La abrazó fuertemente. —Mamá— dijo.

—Me alegro que estés bien, hijo— miró por encima del hombro de Zachariah que la cubría completamente y preguntó: —¿Quién es esta chica?

Zachariah se deshizo del abrazo, me miró y respondió: —Ella es Lia, mamá. Es la mejor amiga de Nare.

La mujer me miró y entrecerró los ojos. Me abarcó el miedo y me puse tensa. ¿Sabía quién era yo? ¿Ella sabía sobre mi pasado? ¿Se lo diría a

Zachariah?

La mujer parece que vio mi miedo, asintió y sonrió. —Encantada de conocerte—dijo extendiendo la mano. La tomé y ella me dio un leve apretón como de aliento.—Sentémonos, le pediré a Marsha que nos prepare algo— dicho eso se dio la vuelta y se marchó a lo que supuse era la cocina.

Miré a Zachariah y lo vi apretando la mandíbula. Esa tal Marsha debía ser la cocinera embarazada de su futuro hermano. Uy, que mal sonaba eso. Me acerqué a él y le apreté el brazo.

—Tú puedes con esto, Zacha— susurré.

Zachariah me miró por unos segundos relajándose y finalmente me abrazó. —Gracias por estar aquí— susurró contra mi pelo. Sólo asentí.

Escuchamos pasos y nos separamos. Era la madre de Zachariah entrando de nuevo en el vestíbulo. Me miró con una sonrisa amable.

—¿Se quedan a almorzar?— preguntó.

Zachariah me miró consultándome y yo me encogí de hombros. —Sí, ¿por qué no?— respondió.

La madre de Zacha —la cual aún no sé su nombre— nos sugirió de nuevo que nos sentáramos y obedecimos.

—¿Volverás?— preguntó su madre —a la cual por ahora nombraré como Señora Pierson— y Zachariah negó con la cabeza— Lo supuse. No hay ninguna maleta por aquí.

—Mamá...—comenzó Zacha pero la mujer levantó la mano y lo calló.

—No sé lo que pasó entre tu padre y tú... pero deben hacer las paces y tú debes volver a tu casa. No haces bien ocupar la casa de tus tíos— Zacha abrió la boca para replicar pero su madre lo volvió a callar.— Sé claramente que les das dinero por la comida y esos gastos, pero hijo, no deberías vivir allí. Ésta es tu casa. Siempre lo ha sido, desde el día en que naciste has vivido aquí.

¿Escuché bien? ¿Desde el día en que nació? ¿Ellos no se habían mudado...?

Zacha asiente.— Lo sé, mamá, pero aún no. Compréndeme.

La mujer asiente y se levanta. —Iré a llamar a tu abuela. A ver si un día

vas a verla— lo regaña.

Zachariah también se levanta y toma mi mano.— Nosotros estaremos en mi habitación...— su madre levantó las cejas— hablando.

Zacha tiró de mí y me llevó por un pasillo hasta detenerse en una puerta que tenía una calcomanía gigante de una guitarra y la abre.

—Pasa— me dice— ésta es mi habitación.

Aún aturdida por la declaración de su madre, entro y me quedé parada en el medio. Veo como Zacha entra y se tira sobre una cama de una plaza con una colcha azul cuadrillé.

—¿Nunca te has mudado de casa?— le pregunto aún aturdida.

Niega con la cabeza.—No, sin contar la pequeña mudanza a lo de mis tíos. ¿Por qué?

Frunzo el ceño. Nare me dijo que se habían mudado hace poco... ¿Por qué me mentiría?

Me obligo a sonreír y aplastar ese pensamiento por ahora.— Nada importante.

Recorro la habitación con la mirada. Se nota que es una habitación de chico. Hay posters pegados de algunas bandas de rock e incluso hay una guitarra en un rincón.

—¿Tocas?— pregunto señalando la guitarra.

Asiente sonriendo.—Es mi trabajo.

—¿Tu trabajo?— pregunto sentándome en los pies de la cama.

—Sip. Trabajo tocando la guitarra.

—¿Dónde?— pregunto esperanzada a que me dé una respuesta más coherente.

—Algún día te llevaré— responde sentándose en la cama.

—¿Quieres... mostrarme?— pregunto suavemente. —Si no quieres, no importa— aclaro.

—Wow, ¿qué es lo que quieres que te muestre, pervertida?— respondió él

con una sonrisa arrogante en el rostro. Lo miré con la boca abierta.

—¡Él perverso eres tú!— dije señalándolo. —Yo me refería... a la guitarra... a como tocas, si me mostrabas como tocas... la guitarra— tragué saliva.

Se rió y levantándose tomó la guitarra. Frunciendo el ceño lo fulminé con la mirada mientras hacía su recorrido devuelta a la cama.

—Ya te dije, araña pollito que el ceño fruncido no te queda bien.

—¡Deja de llamarme así! ¿Qué significa?

—No te lo diré, averígualo por ti misma— dijo con una sonrisa que apostaré a que trataba de contener la risa.— Sigamos, ¿qué quieres que toque?

—Yo... no sé— suspiré— Toca algo que tú sepas... sorpréndeme.

—¿Sí te la sabes... la cantas?— pregunta.

Lo pienso por un momento. No soy de cantar delante de la gente... pero si pude hacerlo en la fiesta de Nare, ¿por qué no aquí? Es sólo Zachariah. Por eso... porque es Zachariah...

Asiento antes de cambiar de opinión. —Claro, búscate una fácil.

Él asiente, se posiciona y empieza a tocar. Los suaves acordes de la guitarra empiezan a sonar y rápidamente reconozco la canción. Me río.

—¿Los Beatles? ¿En serio?—pregunto. Zacha deja de tocar y me mira sonriendo.

—Soy todo un fan. Pero debo decirte, Lia, que esta canción en realidad es de Ben E. King.

Me río y niego con la cabeza.— Da igual. Bien para ti, me la sé.

Sonríe y comienza a tocar de nuevo. Cuando me toca cantar, cierro los ojos y canto suavemente.

When the night has come

And the land is dark

And the moon is the only light we see

No I won't be afraid

No I won't be afraid

Just as long as you stand, stand by me

Termino de cantar la primera estrofa y al abrir los ojos veo que Zacha me mira fijamente. Lo miro y sigo cantando.

And darling, darling stand by me

Oh, now, now, stand by me

Stand by me, stand by me

Parece que me mirara con adoración y eso hace que un calor extraño se extienda por mi cuello y suba hasta mi cara. Sigo cantando con la mirada en mis manos y sólo en el estribillo lo miro.

Cuando termina la canción, me doy cuenta de que estoy ruborizada por la forma en que él me miraba.

—Ustedes dos hacen un gran dúo— dijo la voz de la Sra. Pierson desde la puerta.—Tienes una voz muy bonita, Lia.

—Gracias— le digo poniéndome en pie.

—Yo venía a avisarles que el almuerzo ya está servido.

—De acuerdo, mamá. Ya vamos— dijo Zacha. y se acercó a su madre besándola en la frente. Puso la guitarra en su sitio y me extendió la mano— Vamos.

La tomé y me llevó por la casa hacia el comedor.

* * *

Terminamos de almorzar y Zachariah propuso volver, por lo que ahora estábamos montados en su moto volviendo a casa.

Zachariah no vivía muy lejos de mi casa, pero sí eran unos veinte minutos de viaje.

Típico de mi mala suerte, a medio camino se larga un chaparrón tremendo que nos empapa a los dos.

Justo en ese momento pasamos por una estación de servicio y Zacha

frena para a refugiarnos debajo el techo.

—Wow, Lia, ahora sí te pareces a un pollito. Un pollito mojado— dice Zachariah mientras me mira escurrirme el pelo y secarme los anteojos mojados. Lo fulmino con la mirada.

—Deja de llamarme así o...

—¿O qué?— pregunta estando frente de mí en dos segundos. No sé como hace eso. Segundos antes está a más de dos metros de distancia de mí y al nanosegundo esta a mi lado.

Lo observo. Tiene la camiseta sin mangas pegada al pecho y sus músculos resaltan a la perfección.

—¿O qué?— vuelve a preguntar ésta vez acercando su cara la mía. Miro su boca que está a pulgadas se la mía y trago saliva.

—¿O qué, Lia?— repite y siento su aliento en mis labios. Nuestros labios se rozan y entonces suena un trueno que desgarrar el cielo por la mitad y hace nos sobresalta a ambos dando un paso para atrás.

—Joder— maldice él.

—Sí, joder— le repito— Eso fue un susto de muerte— le digo sonriendo y poniendo una mano sobre mi pecho. Me late a mil por hora. No sé si es por la cercanía de nuestras bocas o el trueno.

—Ven— me dice Zacha para que me acerque.— Tomaremos un taxi, esto no va a parar— me explica refiriéndose a la lluvia.

Yo asiento.

Minutos después estoy en el asiento trasero de un taxi, charlando con Zacha como si nada hubiera pasado y estoy confusa, pero me dejo llevar.

Zachariah me deja en mi casa y me doy cuenta que estoy más confundida de lo que creía. Se supone que el aquel beso no significó nada. Pero... ¿estábamos atraídos uno por el otro? Definitivamente esto tendría que parar. Somos amigos y no íbamos a ser nada más que eso.

Mi mamá me dejó una nota diciendo que iba a salir con Robert y que no volvía hasta la cena. Me cambié de ropa y me senté en mi cama pensando. Necesitaba una amiga. Pero no puedo hablar de Zacha con Nare. Y menos ahora, que estoy enojada con ella. No puedo creer que me mintiera. Ella nunca me mentía. Aunque sea la cosa más mínima, como esto. Entonces debía recurrir a mi otra amiga, la reciente desaparecida;

Margaret.

Capítulo 13

Capítulo 13

Amor a primera vista

El tono suena y suena, pero Margaret no contesta. Frunzo en ceño mirando mi teléfono por cuarta vez. ¿Qué le había pasado a esta chica? ¿Por qué demonios no contestaba? Vuelvo a marcar y si esta vez no atiende llamaré a sus padres.

—¿Hola?— contesta la voz de Mar a través del teléfono.

—Oh, gracias a Dios— susurro— ¡¿Dónde demonios has estado?! He estado llamándote todo el rato y tú no atendías. Demonios... me preocupé.

—¿Lia? Lo siento...— suspira.— He estado algo... ocupada.

Suspiro otra vez relajándome.— De acuerdo... pero necesito hablar contigo.

—Yo... no creo que pueda— murmuró.

—¿Margaret está todo bien? ¿Qué te sucede?— pregunté dejando que la preocupación se notara en mi voz.

—Yo... estoy bien. Solo necesito espacio.

—¿Espacio? Mar dame una respuesta más específica. No te entiendo...

—Ya tendré tiempo de explicarte. Adiós.

Dicho eso me colgó dejándome estupefacta mirando mi teléfono. ¿Qué le estaba sucediendo a Margaret?

Llamé a tía Elena. Necesitaba su transporte.

—¿Lia?—contestó.

—Sí. Oye, tía Elena... ¿Podrías llevarme a algún lado?

—Oh, me temo que no. Lo lamento, Lia. Estoy en el hospital con Mel. Ella se torció un tobillo en el cumpleaños.

—Oh, ¿y cómo está ella?

—Bien, ahora bien. Ya la han enyesado. Pronto iremos a casa. ¿A dónde querías ir?

—No... no importa, tía. Mándale besos a Mel y que se mejore.

Nos despedimos y cortamos. Necesitaba ir a lo de Mar. Tenía que saber que le sucedía. Me estaba preocupando. Mamá estaba en una cita con Robert, supuse. No quería interrumpirla, pero necesitaba ir allí. Tenía que pensar en algo.

Revolví mi cuarto en busca de dinero para un taxi y cuando lo encontré suspiré de alivio. Mar vivía considerablemente lejos y no podría ir caminando. Pedí uno por teléfono y minutos después estaba en la puerta de mi casa. Le dejé una nota a mamá diciéndole dónde estaba y monté en el coche.

—Margaret abre la puerta— suspiré sin dejar de tocar el timbre. Era bastante obvio que sus padres no estaban y ella no quería abrirme.

Escuché pasos en el interior de la casa y luego un click de la puerta siendo destrabada. Se abrió y ante mi tenía una Margaret totalmente demacrada y en pijamas. Tenía terribles ojeras bajo los ojos y se veía como si hubiera estado llorando durante días.

—¿Mar?— susurré mirándola con preocupación. Sólo al escucharme se largó a llorar y se tiró a mis brazos. La abracé fuertemente durante un rato y luego la obligué a entrar a la casa.

La conduje hasta el sofá de la sala de estar y nos sentamos.—¿Puedes decirme que diablos te pasó?

Ella tomó un pañuelo de su bolsillo y se sonó la nariz. —Es una larga historia...

—Tengo tiempo— la interrumpí.

Suspiró y me miró. —Es sobre Ryan... ¡No te enojés!— me advirtió. Yo la fulminé con la mirada y dejé que siguiera. Ryan era el estúpido de su ex novio que ella había dejado por nosotras. Nosotras le advertimos que él no jugaba limpio y nos costó hacerle creer la verdad y sacarle la venda de los ojos.

Se encogió por mi mirada y prosiguió.— Verás... él y yo... no... cortamos cuando tú y Nare creyeron— me miró esperando una respuesta. No dije

nada y mi semblante no cambió— Nosotros... hemos estado juntos... todo este tiempo. El día del partido... yo no fui porque me encontré con él— ahora sí que estaba enojada. Ryan era un completo estúpido y ella seguía con él. Era una idiota. Abrí la boca para decir algo pero ella levantó la mano para callarme.— Tú y Nare... tenían razón— la miré confundida.

—Al día siguiente quise darle una sorpresa y me fui a su casa para verlo. Y... — ella tragó visiblemente y estaba al borde de las lágrimas— él estaba con otra— sollozó. Quise abrazarla pero se alejó.— Deja que termine— se secó el rostro con un pañuelo y miró sus manos— Yo no lo creía. Porque estaba ciega. Enamorada de él. ¿Sabes con quién estaba? — preguntó mirándome a los ojos. Veía tanto dolor en ellos. Iba a matar a ese chico por hacerla sufrir. Negué con la cabeza— Estaba con Dannie— susurró.

Me levanté de golpe del sofá completamente sorprendida. —¿Qué?— grité.

Dannie era su otra prima y mejor amiga de la infancia de Margaret. Ahora podía entender mejor su dolor. Había sido traicionada por su familia. Un puñal por la espalda.

—No puedo creerlo— susurro.

Niega con la cabeza.— Yo tampoco.

—Pero... Dannie... ella...— tartamudeo mientras camino de un lado a otro en la sala completamente indignada— ¡Se suponía que era tu amiga!

—Yo también lo creía así. Pero me traicionó. Y duele. Mucho— murmuró.

Me paré en seco y me dí vuelta para ver a Margaret. Estaba llorando otra vez. Corrí a abrazarla.

—¿Por qué no hablaste con nosotras, idiota?— le dije al oído.— Esto pasó hace como más de tres días.

—No quería preocuparlas... pero tampoco tenía ganas de nada— me miró por un momento y luego dijo: —Tú querías hablarme. Pues, habla.

Fruncí el ceño e inmediatamente decidí no hablarle sobre Zachariah. Ella estaba mal por Ryan y Dannie y hablarle sobre Zachariah no estaba bien. Ella necesitaba contención.

—No creo que ahora sea buen momento... Otro día hablaremos— le digo.

Me mira y se levanta. — Vayamos a mi cuarto. Me contarás. Lo que menos quiero hacer ahora es seguir pensando en Ryan. Llegaste tú, y eres

buena para distraerme. Vamos— animó y se dirigió a su cuarto.

Suspirando para prepararme por lo que venía ahora, la seguí.

Le conté todo. Desde la fiesta hasta ayer. Y fueron muchas cosas... en una semana. Contarle a Margaret las cosas me hizo un repaso mental de todo lo que había pasado y fue demasiado. No podía creer todo lo que había pasado. Le conté la reacción de Nare a nuestro beso y mi necesidad de él.

—¡Ay! Esto es genial... Cómo en una novela. Amor a primera vista— dijo Margaret cuando terminé. Tomé un peluche de su cama y se lo arrojé.

—¿Amor a primera vista? ¿Qué quieres decir con eso?— le pregunto.

—Bueno, pues, está en enamoramiento normal; el que te enamoras con el tiempo y eso— explica. La miro con el ceño fruncido. Esta loca.— Luego, está el amor a primera vista; ese que ves a la otra persona y ya en el instante te enamoras, aunque no la conozcas.

—Yo no estoy enamorada de Zachariah, Mar. Estás alucinando— le toco la frente con la mano— ¿Tienes fiebre?

Me la saca de un manotazo y se ríe. —Qué idiota eres.

—¿Y cómo se supone que debo darme cuenta de eso?

—Simple. Piensas en él. Mucho. Sueñas con él. Piensas en sus besos. No sé... muchas cosas referidas a él.

Me lo consulto un minuto y me pongo nerviosa al darme cuenta de que estoy dudando. —NO. Nos conocemos hace una semana ¡Por Dios! No puedo estar enamorada de él.

—Puedes... puedes...— se burló Mar.

—De todas maneras lo nuestro es imposible. Nare no lo quiere. Ya viste cómo se puso con nuestro beso. Y él... es mujeriego. Seguro juega conmigo y tarde o temprano se cansará y me cambiará.

Ella hace una mueca. —No lo he conocido aún, pero iré pronto a lo de Nare para que no diga que la abandoné.

Niego con la cabeza.— No pensará eso, pero estará preocupada. Debes decirle lo que pasó. Nosotras te apoyamos— le sonrío y le aprieto el

brazo.

—Lo sé— susurra.

Miro la hora en mi teléfono y veo que ya son las 6 p.m. Mamá ya debería estar esperándome para la cena. La tarde pasó muy rápido.

—Mar ya me tengo que ir... mamá debe estar esperándome.

—Oh, sí claro— sonrió.— Mis padres deben de estar volviendo a casa ya.

Luego de eso nos despedimos y yo volví a casa en otro taxi. Todo el trayecto no paré de pensar en lo que dijo Margaret. Amor a primera vista. ¿Sería eso posible?

Mamá esperaba en casa cuando entré. Había olor a comida en el aire. Filete. Mmmm.

—Oh, cariño, ya estás en casa— dijo mamá cuando entré en la cocina. Estaba cocinando filetes, como adiviné.

—Sip— le dije y la besé en la mejilla.

—¿Cómo está Margaret? Leí tu nota.

—Oh, ella está bien... Sólo estaba deprimida. Ryan, ya sabes.

—Oh, sí, claro. El amor...

—Mamá. ¿Tú crees en el amor a primera vista?— dije antes de arrepentirme.

Ella suspiró y me miró extrañada por la pregunta. — Por supuesto, claro que sí— respondió con decisión. —¿Por qué lo preguntas?

—Yo... nada. Una cosa que dijo Mar— ni le estaba mintiendo, ni diciendo la verdad completa.

—Esto ya está. Comamos— me dijo.

Luego de comer nos fuimos cada una a su dormitorio a acostarse. Yo me quedé dormida leyendo un libro. Los había dejado bastante de lado estos días.

Estaba en el cuarto de Zachariah cantando con él. Terminó la canción y me acarició la mejilla con su mano. Se acercó a mí y depositó un suave beso en mis labios. Me mira a los ojos y mira mis labios. Los toma devuelta en los suyos y me muerde suavemente el labio inferior. Abro la boca y su lengua se entrelaza con la mía.

—Lía— susurra en mis labios. Sonrió contra él y ahora lo beso yo. Como siempre quise hacerlo. Lo devoro.

—¡Lía!— grita mi madre zarandeándome.

—¿Qué?!— le grito. Despertándome de golpe y sentándome en la cama.
—¿Qué pasa?— le pregunto con voz ronca por el sueño.

—No podía despertarte— susurra con preocupación y me abraza— Me asustaste. No vuelvas a hacer eso.

Frunzo el ceño y la abrazo devuelta.— Lo lamento. A lo mejor estaba muy dormida.

—De acuerdo— me besa en la frente y se levanta.— Ya es tarde. Baja a desayunar.

Asiento y ella se va. ¿Desde cuándo dormía tan profundo?

Había soñado con él. Con Zachariah. Con sus besos. Sus caricias...

Mierda. Me empezaba a cuestionar si Margaret tenía razón.

Capítulo 14

Capítulo 14

No me gusta

Hoy estaba de muy mal humor. Y no era porque mi mamá había exagerado porque no me despertaba. Eso ya había ocurrido antes. Era porque me había dormido y ya llegaba terriblemente tarde. Odiaba que me pasara eso. Avisé a mi madre que hoy trabajaría hace días y ella lo recordó y me despertó. Pero una hora después. No tendría tiempo de aprender. Mamá, en el desayuno exprés que me hice hoy, me abordó hablándome de Nicolas, y yo la callé diciéndole que no estaba de humor para su romanticismo y volví a repetirle que éramos amigos.

Cuando llegué a la cafetería suspiré de alivio al ver a pocos clientes y me retoqué el pelo que se me había volado con el viento mientras venía en la bicicleta prestada de mi vecina.

En el mostrador una chica alta y delgada levantó la mirada de la caja registradora y acercándose a ella sonrió.

—¿Tú debes ser Lia, no?— preguntó alegremente. La observé. Su cara era redonda y su piel era rosada. Tenía pecas por ambas mejillas y en el puente de la nariz. Grandes ojos color miel me miraban desde lo alto a la espera de una respuesta. Era altísima y su pelo lacio caía por su espalda en una coleta.

—Sí, soy Lia— contesté al fin y extendí mi mano por cortesía.

La tomó y sonrió.—Pamela.

Asentí.—¿Llego muy tarde?— pregunté con precaución.

Ella negó la cabeza.—No, tranquila. Ven sígueme— dice y me hace señas para que la siga hasta al fondo del local.

Al lado de los baños están los vestidores para los empleados. Entramos y me mira de arriba abajo.

—Elegiste bien tu ropa hoy— sonrío.— Ese jean negro lo puedes usar aquí, solo tendrás que cambiarte la remera por ésta y ponte el delantal— dice y me entrega el uniforme.

—Vístete, cuando estés lista ven a verme.

Rápidamente me cambio y dejo mi ropa en una taquilla que me ha sido asignada. El uniforme se basa en unos pantalones negros, una remera color crema y el delantal de la cafetería que es rojo y negro con un dibujo de un café en el centro.

Vuelvo a reencontrarme con Pamela en el mostrador.

—Bien, lo primero es lo primero. Te quedarás aquí cobrando y me observarás trabajar hasta el mediodía. Luego de eso, empezará tú.

Asiento y Pamela me muestra cómo funciona la caja registradora. El resto de la mañana me la paso cobrando y observando cómo Pamela trabaja, es sencillo. Cuando llega mi turno estoy nerviosa pero segura y los primeros cafés que sirvo me van bien. Una pareja entra en la cafetería y se sienta y rápidamente voy a atenderlos. Tomo su orden y vuelvo al mostrador para pasársela a los cocineros.

—Dos tostados y dos cafés cortados— digo sonriendo.

Peter, el cocinero, un hombre de no más de treinta años me sonrío devuelta y me pasa los tostados. Yo me encargo de los cafés. Tomo dos tazas, los sirvo y les hecho un chorrito de leche.

—¿Cómo te está yendo?— pregunta una voz híper conocida a mis espaldas que me hace sobresaltar.

—¡Nicolas!— le grito y salgo del mostrador para abrazarlo.— Bien, perfecto. ¿Y Mel? ¿Cómo está?

Me sonrío y señala detrás de él— Bien, con el tobillo enyesado. ¿Nos tomas la orden?

Asiento y le digo que espere un minuto antes de darles la orden a mis anteriores clientes. Voy a su mesa y veo a tía Elena, a Mel y a Nicolas sentados.

—¿Qué van a pedir?— digo en todo divertido y libreta en mano.

—No lo sé... tú dinos— me contesta Nicolas divertido.

—Yo quiero un café sólo— pide tía Elena.

—¡Submarino!— grita Mel.

Anoto ambos pedidos y me giro hacia Nicolas.— ¿Y tú?

—Lo mismo que mamá.

—¿Para comer?— pregunto anotando el pedido de Nicolas.

—¿Medialunas?— pregunta Nicolas para su hermana y su madre.

Ellas asienten y yo anoto. — Pronto vendré con su pedido— les digo con una sonrisa y me marchó.

El resto del día pasó volando. Me gustó el trabajo y me divertí con todos mis compañeros. Pamela era súper divertida y al final del día me enteré que tenía 21 años y hace más de dos trabajaba allí.

El día siguiente fue más movido. Llegué más temprano y tuve mucho trabajo, cosa que me pareció rara al ser domingo pero Pamela me explicó que era porque esta era la cafetería más cercana a una discoteca que hay por aquí y había mucha gente que después de salir venía a tomarse un café. Cosa que también me sorprendió. ¿Había una discoteca cerca de mi casa? Demonios, vivía en una burbuja.

Al terminar el día decidí hablar con Arthur, mi jefe, para ofrecerme en trabajar algunos días de semana ya que aún me quedaban unos dos meses de vacaciones. Llegamos a un acuerdo y en la semana trabajaría lunes, miércoles y viernes, junto con los sábados y domingos. Eso me beneficiaba mucho, ganaría bastante dinero y tenía dos días a la semana libres.

El lunes al terminar mi turno apareció Zachariah junto a Nare y Margaret y yo grité al verlas.

—¡Las tres juntas de nuevo!— grité emocionada y las abracé.

—Vinimos a secuestrarte a una salida de chicas— murmuró Mar en mi oído.

Nos separamos y me giré para ver a Zachariah cruzado de brazos y mirándome desafiante.

—¿Y para mí no hay ningún abrazo? Claaaaro, sólo para amigos... ¿y yo qué soy? Un...—no pudo terminar la frase porque le pegué en el hombro y lo abracé.

—Eres un idiota— dije una vez me separé de él.

—Lo sé— sonrió triunfadamente cómo si le hubiera dicho un alago. Niego con la cabeza.

—¿Con qué me secuestrarán a una salida de chicas?— pregunto a mis amigas y ellas asienten. —¿Y qué hace él aquí?

—Transporte— responden a unísono.

Levanto una ceja hacia Zacha.— Con qué ahora eres nuestro taxista, ¿eh?

—Prácticamente.

Salimos del lugar y afuera nos esperaba una hermosa camioneta negra 4x4. Zachariah la rodeó y abrió la puerta del conductor.

—¿Ésta... ésta es tú camioneta?— pregunté extrañada. ¿Cómo demonios podía tener una camioneta de semejante tamaño?

Nare y Margaret se sentaron atrás y no me quedo otra que sentarme del lado de acompañante.

—Sí, es mi camioneta. ¿Por qué?

—¿Cuántos años tienes?— susurro.

Zachariah pone en marcha el motor y me mira.— Diecinueve, en un mes veinte. ¿Qué tiene eso que ver con que yo tenga ésta camioneta?

—¡Por eso mismo! Eres demasiado joven para andar por la calle con una camioneta como ésta.

—Ya Lia, tiene ésta camioneta hace un par de años. No te alteres— dijo Nare golpeando mi hombro desde atrás.

Zachariah nos llevó hasta el shopping y se despidió diciendo que le mandáramos un mensaje cuando necesitáramos que nos venga a buscar. Yo le mandé mensaje a mi mamá haciéndole saber dónde estaba y con las chicas nos dirigimos al cine.

Después de ver la película comimos algo y anduvimos por ahí. Hablamos de todo, Nare de Franco, Mar de Ryan y cómo se sentía al respecto y yo... bueno, yo opiné.

Los siguientes días fueron más de lo mismo. Terminar de trabajar y estar con alguna de las chicas o incluso Nicolas venía a buscarme. No había visto a Zachariah ninguno de estos días, la última vez que lo vi fue cuando nos llevó al shopping y eso fue hace una semana. Según Nare era porque

el equipo estaba entrenando duro para poder entrar en un torneo.

Me sentía rara al no verlo y se podría decir que lo extrañaba. La semana pasada hablé con mi mamá sobre lo del amor a primera vista de nuevo y siento que ella sospecha algo pero equivocadamente, claro. Me dijo que para ella sí existía aunque sólo al 50%. 50% te enamoras a primera vista y el otro 50% con el tiempo y la confianza. En fin, aún no podía creerme que me estaba planteando estar enamorada de Zachariah. Yo lo veía como algo imposible, aparte de que creyera que lo nuestro no funcionaría.

Hoy estaba terminando mi turno cuándo Nare apareció.

—¡Hey, Lia!— gritó al verme.

—Hola— dije sonriendo.—¿Qué haces aquí?

—Hoy hay partido— dijo de manera divertida.— Y apuesto a que los chicos ganan. Vamos, te acompaño a tu casa y te cambias bien bonita.

Levanté una ceja hacia ella y me crucé de brazos. —¿A qué se debe eso?

—Oh, ya verás.

Negué con la cabeza y me dirigí hacia el cuarto de empleados a dejar mi uniforme. Nare me seguía pisando los talones. Se la notaba ansiosa.

—¿Puedes decirme de que trata todo esto?— niega con la cabeza. —No iré a ningún lado si no me dices— gruño y me cruzo de brazos delante de ella.

Suelta un suspiro y me mira.— Si te lo digo no va a ser sorpresa.

—No me importa, dime.

—Nicolas irá— me dice y me codea.

¿Qué Nicolas irá? ¿Qué tiene que ver él con esto? —No entiendo.

—¿No entiendes? Oh, vamos Lia— me codea otra vez.— Sé que te gusta.

¿Nare dijo...? —¡¿Qué?! ¡No! No me gusta Nicolas.

Roda los ojos con un gesto diciendo que es demasiado obvio.

—Sales con él, eres feliz al verlo...

—Eso no quiere decir que me guste— la corto— Sí, soy feliz al verlo porque es mi amigo y le quiero. ¿De dónde sacaste que te gusta?

—Nada... de ningún lado lo descubrí yo— dice y mira otra parte. ¡Ah! Ahí esta... alguien le tiró el chisme. Y no me mira a los ojos porque sabe que descubriría si me está mintiendo.

—¿Quién te dijo?— pregunto con un tono muy serio. Nare fija su mirada en mí y suspira otra vez.

—Margaret.

—¿Qué?— pregunto incrédula. Yo jamás hablé con Margaret sobre Nicolas. Jamás le dije que me gustaba. Sólo hable con ella de Zachariah.

—Bueno, ella no me lo dijo— aclara rápidamente al ver mi cara. — Yo vi un mensaje en su facebook tuyo pidiéndole consejos a ella que, por cierto estoy muy enojada contigo al respecto por no pedirme a mí, sobre un chico que te gustaba.

Repaso en mi mente las conversaciones que tuve con Mar esta última semana y reconozco que le pedí consejos... pero no sobre Nicolas. Si no sobre Zachariah. Oh dios... agradezco al cielo que Nare haya creído que hablaba de Nicolas aunque eso no me conviene ahora. Le había pedido consejos a Mar sobre cómo dejar de pensar y de desear en sus besos. Porque sinceramente, es lo que menos había podido hacer.

—Oh— es lo único que puedo decir. No sé qué decirle. Si le digo que Nicolas no me gusta entonces me preguntará quién es el chico en cuestión.

—Por tu cara puedo deducir que te enganché. ¿Por qué no hablaste conmigo al respecto? ¡Soy tu mejor amiga!

Hago una mueca y la miro.— No sé.

—Entonces... ¿te gusta?— pregunta levantando las cejas.

—Algo así...— miento.— ¡Pero no quiero nada con él! Por lo que deja de insinuar algo.

—Pero si te gusta... ¿Por qué no?

—Porque no es que me gusta... sólo me parece lindo...

—Eso no fue lo que leí— dice fulminándome con la mirada.

—Ya basta, vámonos— digo una vez cambiada y la empujo fuera.

Llegamos a mi casa y ella siguió insistiendo en que me vista "sexy". Me negué rotundamente. Terminé dejándola satisfecha al ponerme un short de jean que me quedaba un poco corto y se me ajustaba muy bien a la forma de mi trasero. Me sentí incómoda al verme con eso en el espejo. Pero si seguía cambiándome de ropa no llegaríamos al partido. Ya eran las seis. Acompañé ese short con una musculosa blanca y una camisa a cuadros roja abierta.

—¿Satisfecha?— le gruñí a Nare que me miraba examinándome.

—Perfecta— dijo y sonrió. Rodé los ojos.

Volví a mirarme el trasero en el espejo. La camisa me tapaba un poco el trasero. Bien, me sentía incómoda si no. Me calcé en unas zapatillas azules que tenía y tomando mi celular nos dirigimos al partido.

* * *

Como bien dijimos los chicos ganaron y clasificaron en el torneo. Teníamos motivo de celebración. Yo estuve todo el juego mirando cómo Zachariah jugaba. Era un dios. La camisa se le pegaba al pecho por la transpiración y tenía el pelo mojado por la botella de agua que se había tirado encima. Cualquiera que me haya visto observarlo diría que estaba babeando. Nare por suerte no me miró, hacia lo mismo que yo pero con su chico. Ahora yo me encontraba con una bebida en mi mano, apoyada en el mostrador de la cocina de Franco, viendo como mi mejor amiga y él se besaban y cuchicheaban cosas al oído. Patéticos.

Estaba esperando que Nicolas apareciera como bien dijo Nare. Aún no lo había visto.

—¿Por qué los miras así?— dijo una voz que me morí por escuchar estos días. Me di la vuelta.

—Porque son patéticos.

—Hola— dijo Zachariah y me sonrió. Demonios, no verlo en días hacia que verlo ahora tan cerca mío y que sonría hacía a mi corazón diera saltitos.

—Hola— susurré. Tragué para poder aclararme.— No te he visto estos días.

Asiente.— He estado entrenando.

Bebo un trago de mi bebida y veo que él hace lo mismo.

—¿Cómo están las cosas en tu casa?— susurro acercándome un poco a él para que Nare que está cerca no escuche. Aunque está muy distraída cómo para darse cuenta.

Acerca su boca a mi oído.— Bien, pero no creo que pueda volver. Hay momentos en que estaremos solos y no crea poder soportarlo. De verdad agradezco lo del otro día.

Asiento cómo puedo. Su aliento en mi oído me hace cosquillas y me hace sentir cosas raras en mi estómago.

—¡Lia!— grita una voz y Zachariah y yo nos separamos. Nicolas se acerca a mí con una sonrisa. —¡Te estaba buscando!

—Hola, tonto— digo sonriéndole y lo abrazo. Me abraza de vuelta.

Zachariah se aclara la garganta exageradamente y Nicolas y yo nos separamos. Nicolas lo mira con el ceño fruncido.

—Soy Zachariah, primo de Nare— se presenta secamente y le extiende la mano a Nicolas.

Nicolas confundido se la estrecha y lo saluda.

—Soy Nicolas, mejor amigo de Lia.

—Bueno, Nicolas, Lia y yo estábamos hablando. ¿Podrías retirarte?— le dice Zachariah en un tono molesto. Esta vez no lo dudé. Sí que sonaba molesto.

Miré a Zachariah con el ceño fruncido. —Ya habíamos terminado nuestra conversación, ¿O no, Zacha? Podemos seguirla después.

Zacha me miró con sorpresa y luego asintió. Tomé a Nicolas del brazo y lo empujé fuera de la cocina, pero antes de pasar por la puerta me di vuelta y lo vi a Zachariah fulminando con la mirada a Nicolas.

¿Cuál era su problema?